CUADERNOS historia 16

La guerra del Golfo

C. Ruiz Bravo, D. Solar y S. Alami



298

250 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: Javier Pascual.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

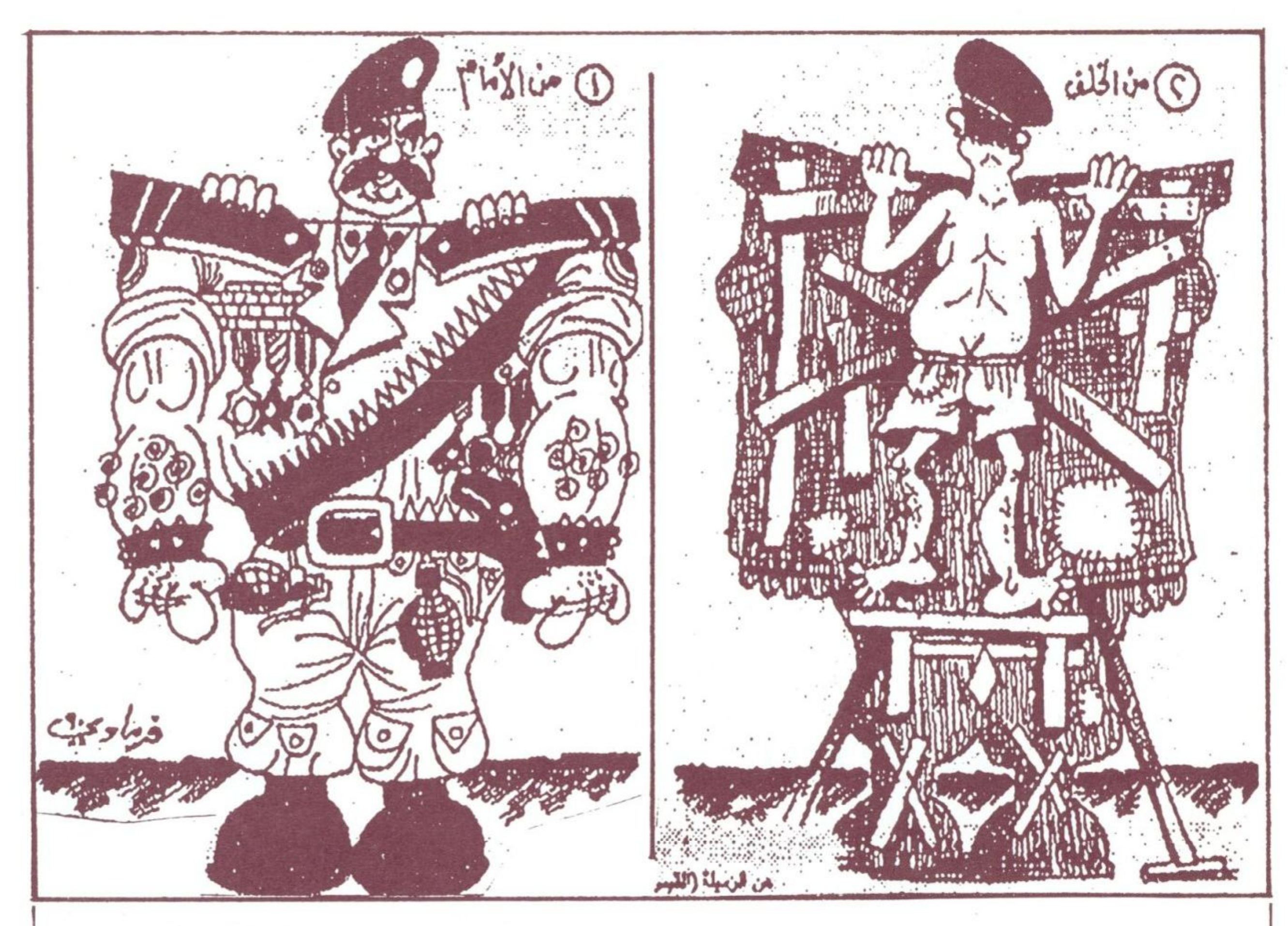
IMPRIME: MELSA

DISTRIBUYE: INDISA. San Romualdo, 26. 28037 Madrid.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



En septiembre de 1990 la revista kuwaití en el exilio Al Qabas *publicaba esta caricatura de Saddam Husein, visto por delante y por detrás, que resultaría exacta realidad cuando se llegó a la guerra.*

Indice

LA GUERRA DEL GOLFO

El dos de agosto de 1990 las tropas iraquíes invadieron Kuwait, que apenas opuso resistencia. Mientras la comunidad internacional condenaba el ataque, Bagdad se anexionaba el emirato, convirtiéndolo en una provincia más de su país. Para impedir cualquier tentación del presidente iraquí, Saddam Husein, de proseguir su aventura expansionista por Arabia, los EE.UU. enviaron tropas a los Emiratos Arabes Unidos y a Arabia Saudita. Las Naciones Unidas condenaron reiteradas veces la invasión y ordenaron a Iraq que abandonara Kuwait: empresa vana, pese a que, inmediatamente, una gran fuerza internacional bloqueó todo tipo de suministros dirigidos por mar a Saddam Husein.

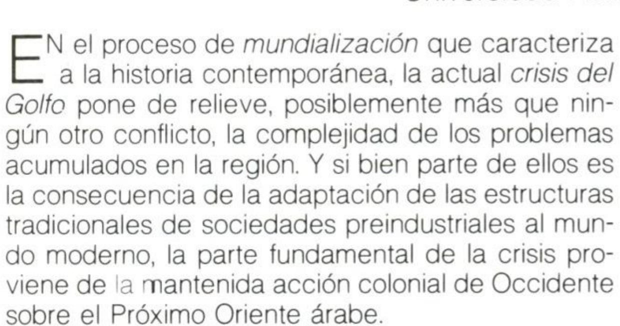
A lo largo del verano y del otoño de 1990 se fue reuniendo en el Golfo una gran fuerza multinacional que servía tanto para ejercer el embargo decretado por la ONU, como demostración de fuerza: Saddam Husein debía entender claramente que el mundo entero estaba contra su aventura expansionista. No quiso comprenderlo, esperando que el bloqueo cansase antes a los occidentales que a su propio país. Los EE.UU. también captaron ese peligro, por lo que presionaron a las Naciones Unidas para que impusieran un ultimátum. El 29 de noviembre de 1990 fue aprobada la resolución 678 del Consejo de Seguridad, que permitía el empleo de cuantos medios fueran necesarios para expulsar a Iraq de Kuwait, si voluntariamente no lo hacía antes del 15 de enero.

Saddam Husein condujo impávido a su país hacia el holocausto. El 17 de enero se inició el ataque aliado, con cinco semanas de bombardeo, seguido por el ataque terrestre, que en cuatro días arrojó a los iraquíes de Kuwait, dando paso a una feroz guerra civil dentro de Iraq.

Las fronteras en litigio



Carmen Ruiz Bravo
Profesora titular de Lengua y Literatura Arabes
Universidad Autónoma de Madrid

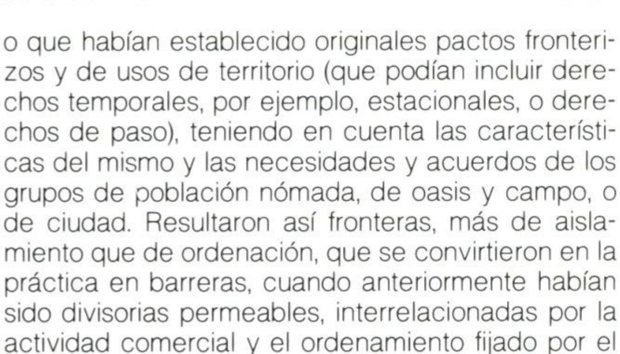


EN el proceso de *mundialización* que caracteriza a la historia contemporánea, la actual *crisis del Golfo* pone de relieve, posiblemente más que ningún otro conflicto, la complejidad de los problemas acumulados en la región. Y si bien parte de ellos es la consecuencia de la adaptación de las estructuras tradicionales de sociedades preindustriales al mundo moderno, la parte fundamental de la crisis proviene de la mantenida acción colonial de Occidente sobre el Próximo Oriente árabe.

El conflicto del Golfo replantea, de nuevo en nuestro tiempo, el sentido de las fronteras establecidas en el área árabe a lo largo del siglo XX. Si se revisa el origen de las mismas, a comienzos del siglo, se pondrán en evidencia los defectos iniciales con que se procedió entonces: se trata de *fronteras de aislamiento,* que han sido establecidas fundamentalmente por poderes extraños, y que han hecho caso omiso del *factor humano,* convirtiéndose en divisorias de explotación del petróleo.

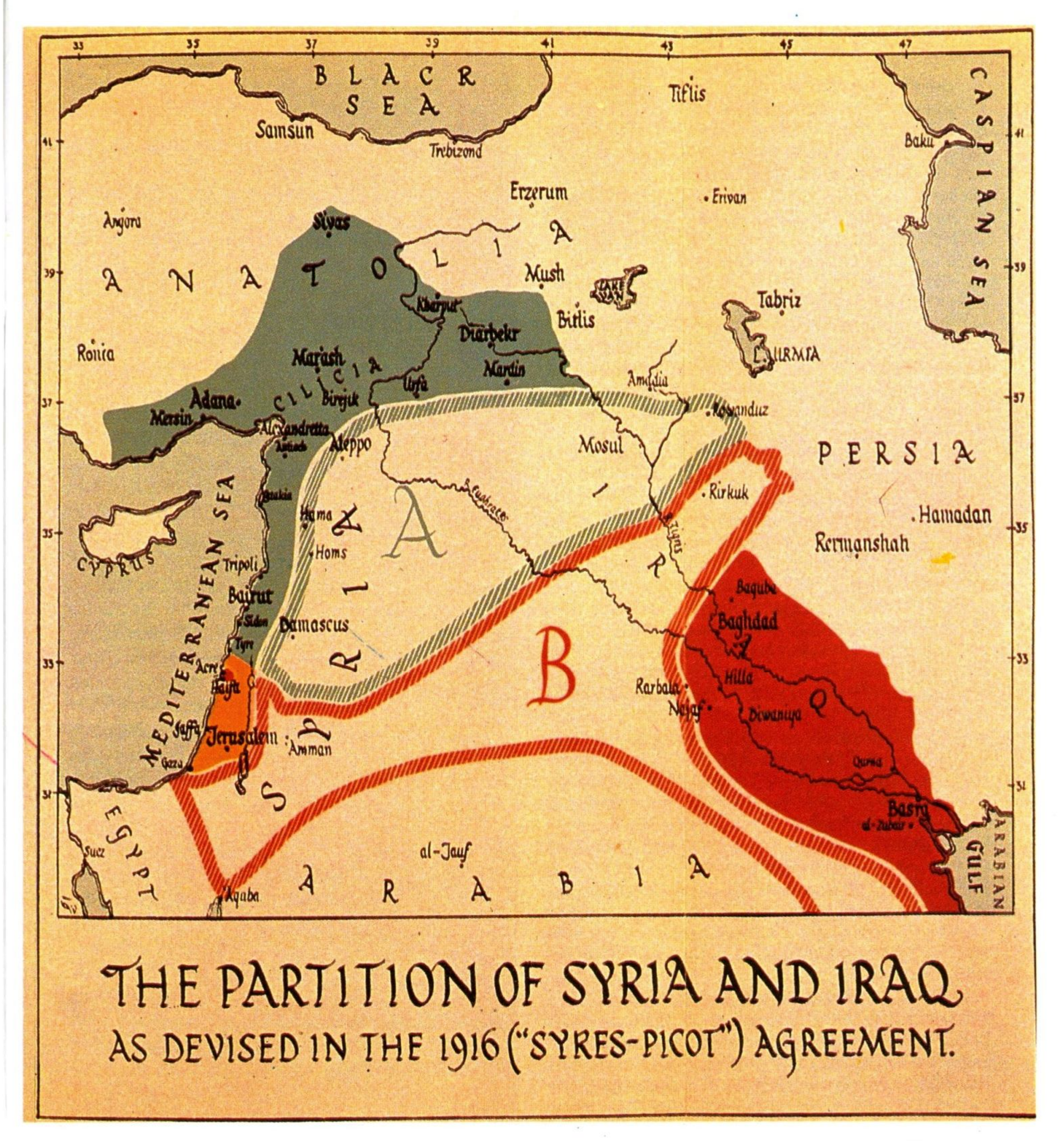
Fronteras de aislamiento

La demarcación de fronteras de los actuales Estados árabes en conflicto, fijada tras la primera guerra mundial, sólo parcialmente respondía a las aspiraciones de independencia y soberanía de los países árabes, decididos a desvincularse del control otomano. En conjunto se establecieron severas y rígidas fronteras entre pueblos que anteriormente habían estado separados por fronteras administrativas o que habían establecido originales pactos fronterizos y de usos de territorio (que podían incluir derechos temporales, por ejemplo, estacionales, o derechos de paso), teniendo en cuenta las características del mismo y las necesidades y acuerdos de los grupos de población nómada, de oasis y campo, o de ciudad. Resultaron así fronteras, más de aislamiento que de ordenación, que se convirtieron en la práctica en barreras, cuando anteriormente habían sido divisorias permeables, interrelacionadas por la actividad comercial y el ordenamiento fijado por el derecho consuetudinario.



El carácter de las fronteras *tradicionales* difiere bastante del de las establecidas posteriormente, sin que ello permita adherirse a las suposiciones de quienes afirman que para las sociedades árabes o arabizadas la cuestión de límites y fronteras no ha tenido excesiva importancia. Vista la constancia y precisión con que se han fijado a lo largo de los siglos los derechos de uso de rutas, pozos, pastos, territorios, más bien cabe hablar de una constante preocupación árabe por distribuir y fijar sistemas que permitan satisfacer las necesidades colectivas y favorezcan el intercambio comercial, es decir, el paso de productos y personas. Cuestión aparte es que toda esta reglamentación *tradicional* se haya mantenido muchas veces oralmente y que haya sido ignorada con frecuencia cuando, modernamente, se han firmado documentos considerados históricos y vinculantes.

Lady Anne Blunt describía el sistema de interrelación existente en los confines del norte de Arabia en



Acuerdo Sykes-Picot, 1916: Francia y Gran Bretaña se mostraban dispuestas a reconocer Estados árabes o confederaciones árabes en las zonas A y B. En la zona azul, Francia, y en la roja, Gran Bretaña, podrían establecer controles directos o indirectos. En marrón debería establecerse una administración internacional.

el último tercio del siglo XIX, afirmando que permitía y aseguraba el tránsito de los viajeros: *Cada villa se pone, pues, bajo la protección del principal jeque nómada de su distrito, quien, mediante un tributo anual, garantiza la seguridad de sus habitantes fuera de la ciudad y los pone en condiciones de viajar sin obstáculos dentro de su jurisdicción. Cuando la tribu es poderosa, esta jurisdicción puede extenderse a varios cientos de millas y encierra varias millas en su recorrido. Así se dice que las villas «pertenecen» a tal o cual tribu, y el jeque de la tribu se convierte en su soberano, o lord protector, hasta que la comunidad de vasallaje y la libertad de las comunicaciones crean gérmenes de federación y engendran a veces una nacionalidad.*

Todo este sistema, con las oportunas variantes en los países que mayor desarrollo urbano habían alcanzado, se insertaba en la estructura administrativa del Imperio otomano al cual, en último término, entregaba la población los correspondientes impuestos, dentro de la *wilaya* (gobernorato), o el *gadá* (distrito administrativo), al que pertenecieran.

Como ejemplo de las divisorias establecidas tras

la primera guerra mundial se hallan las fronteras situadas en la zona norte, desde donde se controla el agua de Tigris y Eufrates (lugar de paso para las caravanas que unían el Golfo Pérsico con la península de Anatolia, y, de ahí, al Mediterráneo norte); o las fronteras de los varios Estados que interrumpen la ruta que enlaza el Alto Golfo (Basora, Kuwait) con el Mediterráneo sur, en la costa palestina; o las fronteras que interceptan —especialmente en Palestina— la ruta antigua que enlaza sur y norte a través de las ciudades. Adén, Sanaá, al-Hodeida, La Meca, Medina, Jerusalén, Haifa, Acre (Akka), Damasco, Beirut, Alepo, Alejandreta... Por lo que se refiere a los países árabes del Golfo, la actuación británica procurará, mediante diversas medidas de *limitación,* separar el Alto Golfo del Bajo, las poblaciones del interior respecto a las de las costas, y la población de la orilla iraní de la población de la orilla árabe, anteriormente en estrecho contacto.

Desde que los representantes británicos en la India organizan la penetración en el Golfo por su parte árabe (1820), se implantaron determinadas medidas: en 1823 se prohibió el paso de los habitantes de la costa iraní a las costas de la Península Arábiga; en 1869 se bloquearon las tradicionales relaciones entre las tribus de Bahrein y de Qatar; en 1922 se trazaron líneas fronterizas entre Irak, Kuwait y el norte de Arabia, en territorios que anteriormente eran utilizados por la tribu de Mutair sin restricciones de ningún tipo.

El criterio británico en el Golfo fue el de fomentar la creación de pequeños Estados, nominalmente dependientes, a lo largo de la costa. Las manifestaciones de lord Curzon, virrey de la India, fueron claras acerca del sentido de esas nuevas fronteras nacionales: *No vamos a tirar por la borda un siglo de una empresa tan costosa y triunfante, ni vamos a pasar la página más desinteresada de la historia. Hay que mantener la paz en estas aguas; se continuará apoyando vuestra independencia, y el Gobierno británico habrá de mantener la supremacía* (must remain supreme).

La acción colonial se vio acompañada por una intensa actuación ideológica que presenta a las poblaciones árabes como *esencialmente* individualistas y enfrentadas unas a otras, o bien como una masa sin criterio e irracional. La mentalidad del occidental que acepta estos presupuestos o estereotipos considera que se debe frenar, entonces, a unos pueblos que, llevados de esa supuesta irracionalidad, serían peligrosos y agresivos si llegasen a coordinar sus fuerzas, recursos humanos y riquezas. Este conjunto de prejuicios, que ya en su día forjaron la imagen de los árabes en el *imaginario* de los colonizadores, se han reavivado en los últimos años. Desde comienzos de la década de los ochenta se ha venido preparando el clima intervencionista puntualmente desencadenado por la entrada de fuerzas iraquíes en Kuwait, el 2 de agosto de 1990, y su anexión. Pero la historia de las fronteras en litigio es ya vieja. De ella destacaremos los dos principales, y nada episódicos, conflictos: *la Convención de Uqayr y la explotación del petróleo.*

En el Próximo Oriente el derecho internacional se encuentra ante varios problemas jurídicos derivados de los pactos dobles o triples realizados por las potencias occidentales en la zona, simultáneamente. A un tiempo franceses y británicos firmaron acuerdos con los gobernantes y fuerzas políticas de los países árabes *(provincias árabes del Imperio otomano* antes de la primera guerra mundial), y con los gobernantes otomanos, con sede en Estambul o en dichas provincias árabes. Tras la derrota de estos últimos, la diplomacia occidental siguió aplicando el mismo procedimiento, ya que unas veces se acogió a acuerdos firmados directamente con gobernantes árabes y otras veces trató, como potencia vencedora, con las ex autoridades otomanas, acerca de la suerte de dichos territorios. A todo ello se añade la firma de acuerdos contradictorios, sobre un mismo territorio, con varias fuerzas árabes (por no mencionar la introducción de otras variables de confusión, como la que crea el establecimiento de colonias judías en Palestina, con promesas franco-británicas, en territorio árabe).

Por lo que se refiere al conflicto fronterizo actual entre Iraq, Kuwait y Arabia Saudí, debemos atenernos a la fecha de 1922, en que la Convención o *Mu'tamar* de Uqayr fijó unas fronteras que han permanecido hasta la actualidad.

Los protagonistas de la Convención de Uqayr fueron el delegado británico sir Percy Cox, y el sultán Abdelaziz b.Saud, quienes se reunían en sesiones privadas, según testimonio de Amin al-Rayhani,

La convención de Uqayr (1922)

testigo de excepción de las mismas (ya que en ocasiones este árabe-americano actuó como intérprete entre ellos dada, al parecer, la inoperancia de los traductores oficiales). Después, en sesiones *públicas,* asistían el representante de la delegación iraquí —a la sazón mandato británico—; Subayh Nashat, el *agente político* británico en el Kuwait; el Shayj Fahd al-Hudhal, y una serie de expertos árabes, traductores, secretarios, especialistas en pozos —de agua—, caminos y pastos.

La complejidad de la situación jurídica proviene de los siguientes hechos:

— Ibn Saud había sido reconocido como *wali* o gobernador del Nechd, en Arabia, por parte de las autoridades otomanas, en 1914, aunque expresamente se le negaba la capacidad de firmar acuerdos internacionales o tratados con extranjeros. En 1916, Ibn Saud y los británicos habían firmado un acuerdo por el que éstos le reconocían como independiente y él se comprometía a respetar a los aliados británicos. En conclusión, al término de la primera guerra mundial Ibn Saud es reconocido como representante independiente, con capacidad de negociar sin intermediarios.

— Las autoridades kuwaitíes habían visto reconocido el Kuwait, por parte de las autoridades otomanas, también en 1914, como un *qadá* (distrito o provincia de menor rango que la *wilaya* o *sanyak*). No se les reconocía la capacidad de firmar tratados con extranjeros, ni acuerdos internacionales. En 1899,







Arriba, *Ibn Saud, jefe de los waabitas, que en 1925 dominaba la Península Arábiga y en 1932 creaba la actual Arabia Saudita. Abajo, Feisal I, de Iraq.*

por su parte, las autoridades kuwaitíes habían firmado un acuerdo con los británicos, por el cual éstos le reconocían su independencia, siempre y cuando no establecieran acuerdos comerciales o políticos *con extranjeros* sin su consentimiento. Durante la primera guerra mundial el Kuwait se encontró entre otomanos y británicos, y prestó ayuda a aquéllos, interceptada por éstos. En conclusión, al término de la contienda, al Kuwait no se le reconoció en la Convención de Uqayr capacidad directa para negociar, pues los británicos interpretaron que el Tratado de 1899 seguía en vigor y que, en este caso, los vecinos árabes de Kuwait habían de ser considerados *extranjeros* y Gran Bretaña, de acuerdo con las cláusulas del Tratado, representaría y protegería entonces al Kuwait. Así, Kuwait se convertía en un país *independiente protegido,* o en un *protectorado independiente,* hasta 1961.

— La situación del Iraq era, en 1922, la más contradictoria. Durante el último período de vida del Imperio otomano, las autoridades de las tres grandes zonas geo-políticas de Mesopotamia (Mosul, Bagdad, Basora) habían manifestado sus deseos de autonomía dentro del Parlamento otomano y, como los demás parlamentarios de las provincias no turcas, reclamaban profundas reformas. Al estallar la primera guerra mundial, los iraquíes no tuvieron muchas oportunidades para establecer negociaciones con ninguna de las dos partes en conflicto, ya que fueron tratados por ambas como territorio ocupado. Los británicos ocuparon en 1914 la parte alta del Golfo, con la ciudad de Basora, y en 1917 atacaron Bagdad, mientras las fuerzas otomanas se mantenían en esta ciudad y en el norte, en la zona de Mosul, que tuvieron que abandonar tras la ocupación francesa y el armisticio de 1918. Del mismo modo se podría decir que la población iraquí dudaba entre otomanos y británicos, aunque, de hecho, de entre aquellos iraquíes que tomaron parte activa en la lucha, la mayoría apoyó a los rebeldes nacionalistas árabes que, desde La Meca hasta Damasco, colaboraron con la victoria franco-británica sobre los turcos.

Al término de la primera guerra mundial, el Iraq fue convertido en Mandato británico, y privado de toda capacidad de negociación internacional y con sus vecinos árabes. Tales negociaciones las llevaría a cabo Gran Bretaña, contando con asesores iraquíes. Ante la revuelta de 1919-1920 —algunos historiadores la califican como revolución— de los señores del Iraq central y meridional, y la hostilidad demostrada por diversas capas de población, más allá de sus particularidades sociales y religiosas, contra el Mandato, los británicos instauraron en 1921, como autoridad central, sobre todo el Iraq, a

Faysal, hijo del Jerife Husein del Hiyaz, conocido por su apoyo a la causa de la independencia árabe. Al año siguiente, no obstante, se firmó la Convención de Uqayr, y la situación de Mandato en el Iraq se mantuvo hasta 1930.

Vistas las autoridades que intervinieron directamente en la negociación, se puede inferir que se produjo un trato desigual, de cara a las autoridades árabes, por parte de los británicos. Un análisis somero de la situación real de fuerzas en aquellos momentos lleva a deducir que se produjo un reparto del Próximo Oriente: la Península Arábiga, en su parte central y occidental, pasará a ser controlada en los años siguientes por la familia saudí (directamente vinculada a las compañías petroleras norteamericanas desde comienzos de la década de los años veinte); la costa oriental de la península, es decir, la orilla árabe del Golfo, y el Iraq, pasan a ser dominio británico (con los yacimientos de Mosul y la salida al Golfo); entre tanto, la situación del Irán se presenta como discutida, entre británicos, nacionalistas iraníes, y apoyo norteamericano a las posiciones de éstos (a cambio de concesiones de petróleo).

Los resultados de la Convención de Uqayr fueron, en suma: la reducción del territorio de Kuwait respecto a sus antiguos límites de *qadá*, en beneficio de los territorios controlados por Ibn Saud, y la creación de una peculiar *zona neutra,* de forma romboidal, que arranca del vértice oeste del Kuwait y se sitúa entre el sur del Iraq y el norte de los territorios de Ibn Saud. El gracejo local llamó a este territorio la *zona de la baqlawa,* que es como decir *la zona del pastel,* en atención a la forma del dulce oriental así llamado. Y no parece que fueran muy desencaminados los que tuvieron tal ocurrencia, ya que esa zona *de todos y de nadie* resultó ser enormemente rica en petróleo. Su ambigua situación subsiste hasta hoy en día, lo cual no obsta para que en ella se explote regularmente petróleo por compañías británicas, norteamericanas y, recientemente, japonesas. Quizá no sea ocioso mencionar que las tribus que la habitaban habían estado *vinculadas* anteriormente al Iraq, y que la Convención de Uqayr no se las atribuía a Ibn Saud. Se convertían así en unas gentes sin tierra, mientras su tierra se convertía, por obra de acuerdos en los que no habían intervenido, en una muy mal llamada *zona neutra,* que probablemente sea una de las varias claves del actual conflicto.

El 1 de diciembre de 1922 quedaba ultimado el pacto, tras las conversaciones mantenidas en los últimos días de noviembre. Poco tiempo después los acontecimientos se sucederían con rapidez al oeste de estas fronteras: el Mandato francés sobre Siria se consolidaba al tiempo que el británico sobre Palestina, e Ibn Saud avanzaba sobre el Hiyaz, que el padre del rey del Iraq y de Abdallah de la Transjordania, se negaba a entregar. Esta vez los británicos no ayudaron a su antiguo aliado, el Jerife Husayn de La Meca. La ciudad sería tomada por los saudíes y, en diciembre de 1924, lo sería el puerto de Yedda. El 25 de enero de 1925 Ibn Saud se proclama Rey del Hiyaz y Sultán del Nechd, y en 1932 se crea el Reino de Arabia Saudí.

En 1932 precisamente fue reconocida la soberanía del Iraq en la Sociedad de Naciones, pese a los condicionantes que lo hacían depender políticamente de Gran Bretaña (mediante las cláusulas del reconocimiento de independencia de 1930), durante veinticinco años más. En varias ocasiones, desde entonces, el Iraq pidió la revisión de los acuerdos de Uqayr. En 1961, con ocasión del acelerado final del tratado británico-kuwaití de 1899, las reclamaciones del Iraq ante las Naciones Unidas retrasaron dos años el reconocimiento de soberanía de este país. No obstante, *la zona neutra* se ha mantenido sin que Naciones Unidas haya resuelto la anómala situación creada para la población de estos territorios, cuya extensión es amplia.

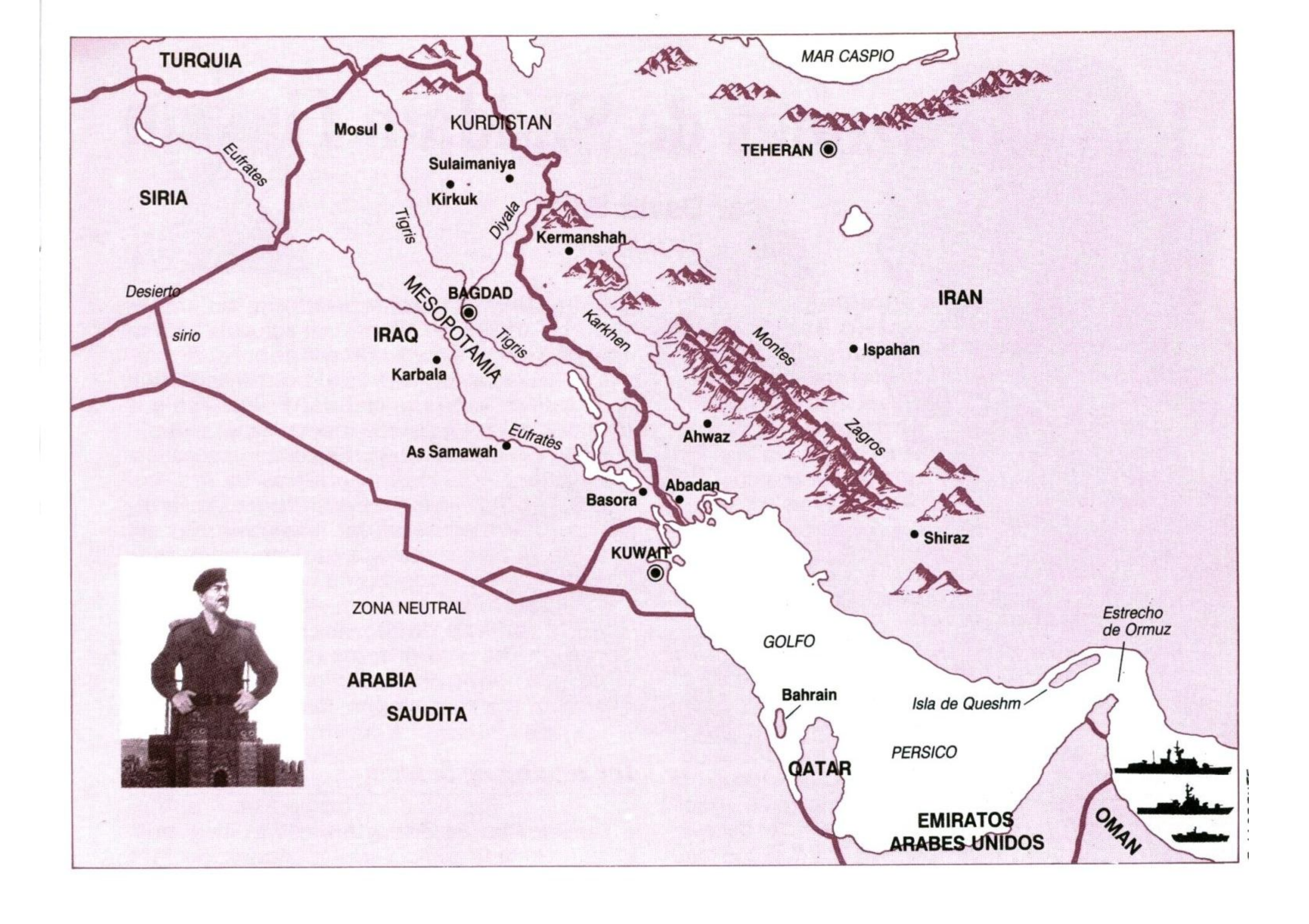
La explotación de petróleo en las islas del Golfo y las fronteras

Seguramente los conocimientos que desde principios de siglo se poseían acerca de las riquezas del subsuelo del Próximo Oriente fueran mucho más profundos de lo que se ha dado a entender públicamente. La relación entre fronteras y petróleo la sintetiza el sociólogo kuwaití Muhammad Rumaihi (quien propugna desde hace tiempo fórmulas de cooperación árabe en el Golfo y en todo el Próximo Oriente) cuando afirma: *Se ha dicho que las fronteras políticas del Golfo se trazaron de acuerdo con la localización de los pozos de petróleo, y aunque la afirmación pudiera ser exagerada, no está muy lejos de lo cierto.*

Si el trazado de fronteras en 1922 respondía a unas ciertas previsiones de explotación del petróleo, combinadas con otros intereses, la conflictividad por motivos fronterizos aumentó en los años cuarenta y cincuenta, en Palestina, son los años en que las resoluciones de la Sociedad de Naciones deciden la *participación* y en que la fuerza de las armas se impone sobre la población local palestina. En la zona del Golfo se incrementa la presión de Arabia Saudí, que reclama fronteras más amplias hacia el sur y el este, al tiempo que se incrementa la presión iraní, reivindicando derechos sobre la navegación en el Golfo y sobre algunas de las islas en cuyas proximidades se están realizando prospecciones petrolíferas.

En los años cincuenta la confrontación entre las reclamaciones de los pueblos y las divisorias del petróleo llega a su momento álgido: las poblaciones del Próximo Oriente comprueban el avance de los oleoductos por sus tierras, y lo escasamente que revierte la explotación del petróleo en la reforma y redistribución de los recursos, que se invierten en el exterior. Es el tiempo del llamado nacionalismo árabe, de las nacionalizaciones del petróleo, de un incipiente socialismo y de un movimiento tercermundista que logra sus mayores triunfos entre los finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, y al que estimulan las independencias obtenidas en el Magreb.

A partir de entonces, la *doctrina Eisenhower,* que propugna el apoyo a los países árabes que frenen las actitudes consideradas excesivas o revoluciona-



Los intereses de las potencias fijaron las fronteras al margen de los pueblos afectados.

rias, por diversos conceptos, estabiliza y refuerza la situación de Arabia Saudí e Irán, al tiempo que los británicos procuran acelerar la unidad de los Emiratos, en la zona del Golfo. La cuestión de las fronteras entre Arabia Saudí y dichos Emiratos adquiere otro sesgo, en la víspera de la retirada británica.

El principal conflicto fronterizo, en el Golfo, se centra en la soberanía y explotación de las tierras *y aguas* de algunas islas, entre los Emiratos e Irán.

Las islas de Abu Musa, Gran Tumb y Pequeño Tumb, situadas en las cercanías del Estrecho de Ormuz, no sólo tienen inmenso valor estratégico en la ruta del petróleo y de todo el comercio del Golfo, sino que en sus proximidades se viene explotando el petróleo desde los años setenta. No sólo los territorios, sino los fondos marinos, resultan objeto de litigio y colonización. La retirada británica del Golfo fue anunciada formalmente el 16 de enero de 1968, y se produjo el 1 de diciembre de 1971. El día antes Irán ocupó Abu-Musa, aunque el día anterior a la invasión, a su vez, Irán y el Emirato de al-Shariqa habían firmado un acuerdo en los extraños términos siguientes:

1. La población civil de la isla continuaba bajo la autoridad de al-Shariqa.

2. Se permitía a las fuerzas iraníes constituirse como base militar sobre media isla.

3. Se dividían los ingresos del petróleo de la isla a partes iguales (mitad y mitad) entre al-Shariqa e Irán. Este aportaría una ayuda anual de 1,5 millones de libras esterlinas a lo largo de tres años, o hasta que la renta del petróleo de la isla o sus aguas regionales *llegara a los 3 millones de libras.*

4. La declaración afirmaba que el acuerdo no influiría sobre la soberanía de al-Shariqa sobre la isla de Abu-Musa, porque su bandera seguiría izada en el Centro de policía de la isla.

La ocupación no respetaba, evidentemente, el acuerdo, pero la retirada británica del Golfo se produjo al día después de la invasión de la isla.

Seguramente este confuso episodio, añadido al de la *zona neutra* ofrezca algún punto de analogía y divergencia con los acontecimientos que se producen actualmente en la crisis del Golfo arábigo-pérsico. Otras zonas *neutras,* otras zonas ocupadas, se sitúan en varios puntos estratégicos de la llamada *ruta del petróleo* del Cercano Oriente, en general anteponiendo al *factor humano,* a las realidades demográficas locales, las fronteras útiles para otros intereses.

El paso del tiempo no parece que tienda a resolver los conflictos, porque ni la memoria de los pueblos desaparece ni, por ahora, el petróleo se acaba.

Las sinrazones de Saddam Husein

Por David Solar
Periodista

NO debemos considerar el país en que nos hallamos, Iraq, como el objetivo final de nuestra lucha. No representa sino una parte de un territorio, mucho más amplio, nuestra patria árabe en su totalidad. Saddam Husein, vicepresidente de Iraq, a la sazón de 38 años de edad, hablaba de esta forma a sus embajadores en Europa, el 12 de junio de 1975. Esta era, quizás, la primera manifestación pública de la ambición que desde niño le corroía las entrañas, y que tuvo el pasado 2 de agosto su paladina realización.

En la media noche del miércoles 1 al jueves 2 de agosto, tropas blindadas iraquíes atacaron el puesto fronterizo kuwaití, situado junto a la autopista que enlaza la capital del emirato con su vecino del norte. Penetraron sin hallar resistencia hasta la ciudad de Kuwait, situada apenas a cien kilómetros de la frontera, donde sus avanzadillas trataron de apoderarse de todos los centros vitales y de las personalidades de la familia del emir Jaber Al-Sabah. Aunque la operación se realizó apenas en siete horas —rapidez que más muestra la completa inutilidad del ejército kuwaití, mejor entrenado para desfiles que para combatir contra nadie, que el adiestramiento de los atacantes— buena parte de las personalidades del gobierno y de la familia real logró alcanzar Arabia Saudita, cuya frontera se encuentra a menos de una hora de automóvil o a veinte minutos de helicóptero.

El mundo quedó atónito. Pese a que las amenazas habían sido claras, pese a la concentración de fuerzas iraquíes en la frontera, pese a las ambiciones conocidas de Saddam Husein y a sus no menos sabidas necesidades, la invasión causó asombro. Los kuwaitíes nada habían preparado para defenderse. El Consejo de Defensa que agrupa a los emiratos del Golfo y a Arabia Saudita nada habían previsto. Los norteamericanos —teóricamente al cabo de la calle de lo que se preparaba— tuvieron que comenzar a improvisar esa misma mañana, según declaraciones posteriores de altos mandos del Pentágono.

Pero el mundo entero iba a reaccionar con enorme celeridad, mientras Saddam Husein incorporaba Kuwait a su país, imponía un gobierno de militares iraquíes —¡nada de ficción, nada de gobierno títere kuwaití formado con gentes de la oposición!, ¿para qué?—. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por vez primera desde la guerra de Corea, condenaba la invasión y ordenaba la inmediata retirada iraquí, amenazando con duras sanciones.

Los recursos de Saddam

Los emiratos del Golfo y Arabia Saudita guardaban un aterrado silencio. No hacer nada, no decir nada que pudiera provocar a Iraq. Y en secreto negociaban la rápida intervención occidental para proteger sus casi indefensas fronteras. Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña decidieron inmediatamente prestarles ayuda. Cuando, el 7 de agosto, comenzaron a llegar al Golfo las primeras unidades navales americanas y sus tropas de intervención rápida, a todos se les desató la lengua: condenaron la intervención de Saddam Husein en Kuwait y exigieron su inmediata retirada, cortaron los oleoductos que conducían el petróleo iraquí a los puertos del Golfo y acudieron a la Cumbre Arabe incitando a una intervención que sólo egipcios, sirios y marroquíes aceptaron.

Conforme buques, aviones y tropas confluían en el Golfo y en la Península Arábiga, cumpliendo el embargo internacional decretado por las Naciones Unidas y amenazando con la guerra a Iraq, Saddam Husein consolidaba su presencia en Kuwait y adoptaba medidas precipitadas —o bien meditadas— para conseguir sus propósitos:

— Suprimió la concesión de salvoconductos a



¿Crees verdaderamente que la ONU le da miedo? (Le Nouvelle Observateur, 9/15-8-90)



Saddam Husein, el Saladino del siglo xx

los extranjeros occidentales, convirtiéndolos en rehenes.

— Convocó a *la guerra santa* —¡él, un agnóstico, que impuso el laicismo estatal en su país!

— Se aproximó a Irán —olvidando sus reivindicaciones históricas; borrando ocho años de guerra con más de un millón y medio de muertos entre ambos bandos; devolvió a Teherán sus prisioneros de guerra y los territorios que ocupaba desde 1988.

— Trató de mezclar el problema palestino-israelí con su ocupación de Kuwait.

— Ofreció petróleo gratuito a los países del Tercer Mundo si llegaban a sus puertos para cargarlo.

— Amenazó con emplear sus armas químicas y destruir Kuwait entero si era atacado.

— Reforzó concienzudamente sus tropas en el emirato, costas y fronteras.

— Trató de asimilar a marchas forzadas al pequeño país, cambiando toda su administración, sus nombres, sus emblemas...

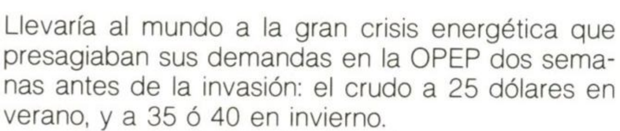
En las diez últimas semanas, Saddam Husein, escondido en su bunquer junto a toda su familia por temor a un atentado, ha maquinado toda suerte de salidas que, en todos los casos, le permitían conservar Kuwait. Pero ni las Naciones Unidas, ni las potencias implicadas en el bloqueo naval y aéreo que le estrangulan están, evidentemente, dispuestas a ceder. Por eso, a mediados de octubre, el clima general era pesimista: o la situación se prolongaría indefinidamente o tendría un desenlace militar.

El peso del mundo

¿Pero por qué esa defensa casi universal de la independencia de Kuwait? Las razones son claras y contundentes, unas más que otras, dependiendo de cada país en particular:

— *Políticas.* La posesión de Kuwait otorgaría a Saddam Husein, bien conocido por su ambición y falta de escrúpulos, un enorme poder económico y estratégico que crearía en la región un continuo foco de inestabilidad, lo que ya es decir en esa zona del mundo.

— *Económicas.* Con los yacimientos kuwaitíes en sus manos, Saddam Husein se convertiría en el segundo productor mundial de petróleo y en el controlador de las mayores reservas mundiales.



Llevaría al mundo a la gran crisis energética que presagiaban sus demandas en la OPEP dos semanas antes de la invasión: el crudo a 25 dólares en verano, y a 35 ó 40 en invierno.

— *Geoestratégicas.* Las grandes potencias, profundamente asentadas en la zona por medio de bases, acuerdos políticos con países terceros o con tratados de amistad y cooperación, vieron peligrar su *status* en la región ante la nueva potencia emergente.

— *Derecho internacional.* Todos los países pertenecientes a las Naciones Unidas han asumido el respeto por las fronteras existentes. Ciertamente ha habido muchas vulneraciones tras la II Guerra Mundial de las soberanías de los países más débiles, pero esta toma y anexión de un país entero y miembro de las Naciones Unidas es el primer caso en los últimos 45 años. En un momento de exacerbación nacionalista a lo ancho del mundo entero, esta anexión creaba un peligroso precedente.

Es decir, antes de su aventura kuwaití, Saddam Husein debía contar con datos más que suficientes para tener la certeza de que no le permitirían la conservación de su rico, pequeño e indefenso vecino. ¿Cómo es posible, pues, que procediera a la ocupación?

El nuevo Saladino

Nacido huérfano en la villa de Takrit, el 28 de abril de 1937, pobre, sobrecargado de trabajo desde la infancia, tuvo siempre el orgullo de ser originario del mismo lugar en que, ocho siglos antes, viera la primera luz uno de los grandes héroes del Islam, Saladino. Ambicioso, soñador, poeta, sin hacienda y sin carrera (1), el joven Saddam eligió una de las pocas salidas que podía conducirle a la gloria o al patíbulo: la profesión de revolucionario.

Baasista de primera hora, conocerá la prisión en época de Karim Kassem, el militar que derrocó a la monarquía hachemita de Iraq en 1958. Caído y muerto Kassem, Sadam fue ascendiendo con rapidez los peldaños del poder, haciéndose con el control del partido a base de un tesón sin límites, una ambición despiadada, una absoluta falta de escrúpulos y una capacidad de trabajo de *16 horas diarias*. Ascético, cruel, inflexible, inteligente, era el segundo hombre del país en 1975, a los 38 años, tras el presidente Al Bakr y se convirtió en dirigente absoluto de los destinos de Iraq el 17 de julio de 1979, cuando el general Al Bakr dimitió por motivos de salud.

Desde el mismo momento de su denominación para la máxima magistratura del país, dejó claro que nadie le haría sombra. Aquel 17 de julio fueron arrestados 21 altos dirigentes del gobierno y del partido —varios de ellos íntimos amigos del nuevo presidente—, bajo acusación de alta traición. Juzgados y condenados a muerte fueron ejecutados el 8 de agosto, con Saddam Husein como testigo.

Caminaba deprisa el nuevo presidente: *Iraq es demasiado pequeño para los iraquíes. Tenemos necesidad de salir,* había declarado al diario cairota *Al Ahram* en 1977. Tres años más tarde, el 22 de septiembre de 1980, Saddam Husein envía a sus soldados contra Irán, el gran vecino del este, con el que su país tenía un contencioso histórico, siempre mal resuelto por diversos acuerdos. El presidente iraquí creyó que el Irán de Jomeini, con un ejército destrozado por la revolución y aislado internacionalmente por sus enfrentamientos con norteamericanos y británicos, sería presa fácil...

La experiencia fue terrible. La guerra duró hasta el alto el fuego del verano de 1988, y tuvo numerosos vaivenes, alguno de los cuales estuvo a punto de terminar con Iraq. Al final, apoyado por el capital árabe, y con el abierto suministro de armas por parte de la URSS, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia, Estados Unidos, España, etc., logró que los iraníes aceptasen negociar cuando él tenía el pie puesto en un pequeño trozo del país vecino..., algo suficiente para venderlo propagandísticamente a su país, que había sufrido un millón de bajas entre muertos y heridos graves...

Iraq, con unos 18 millones de habitantes, tiene, según el humor de los iraquíes exiliados, 36 millones de cabezas: la mitad de ellas corresponde a los bustos de Saddam Husein erigidos por doquier. Ese humor es posible sólo en el extranjero, pues el dictador iraquí no consiente bromas a su costa. El país vive amordazado y aterrorizado. Toda oposición política ha sido físicamente eliminada o se halla en la cárcel —más de cien mil prisioneros políticos—, y el ejército ha sufrido fuertes purgas hasta alcanzar su sometimiento. La minoría kurda, endémicamente sublevada, ha sido perseguida como nunca; sobre sus poblados, Saddam Husein no ha dudado siquiera en emplear armas químicas, borrándolos del mapa.

El dictador no podía permitirse ni un gesto de debilidad. Solamente el terror podía sostener su poder. Iraq, con un producto interior bruto próximo a los 70.000 millones de dólares, es un país rico y, sin embargo, sus habitantes viven en la pobreza. ¿Cómo, con una renta *per cápita* cercana a los 4.000 dólares puede vivirse a nivel de 600? Sencillamente: gastándose el resto en armas —más de 110.000 millones de dólares entre 1980/88— y pagando los efectos de los estragos de la larga guerra con Irán. Calculaba el *Japanese Institute of Middle East Economics* que las pérdidas económicas de Iraq en esa guerra habían sido hasta 1986 de ¡226.000 millones de dólares! Un cálculo proporcional hasta 1988 nos llevaría ¡hasta los 300.000 millones! (2).

Un país marcado por el luto y la miseria, con las calles llenas de mutilados, ni siquiera aherrojado como estaba hubiera podido aguantar mucho. Sobre todo porque la situación estaba empeorando. Saddam Husein había contraído en el curso de la guerra unas deudas próximas a los 90.000 millones de dólares, tres cuartas partes de ellos en adquisición de armas. La mitad de esa deuda era con los países del Golfo; *deuda de sangre,* según él la calificaba, que Iraq ya había pagado suficientemente. Lo malo es que el resto se lo debía a la URSS, Francia, Italia, Alemania, etc., que querían cobrar sus intereses y sus amortizaciones...

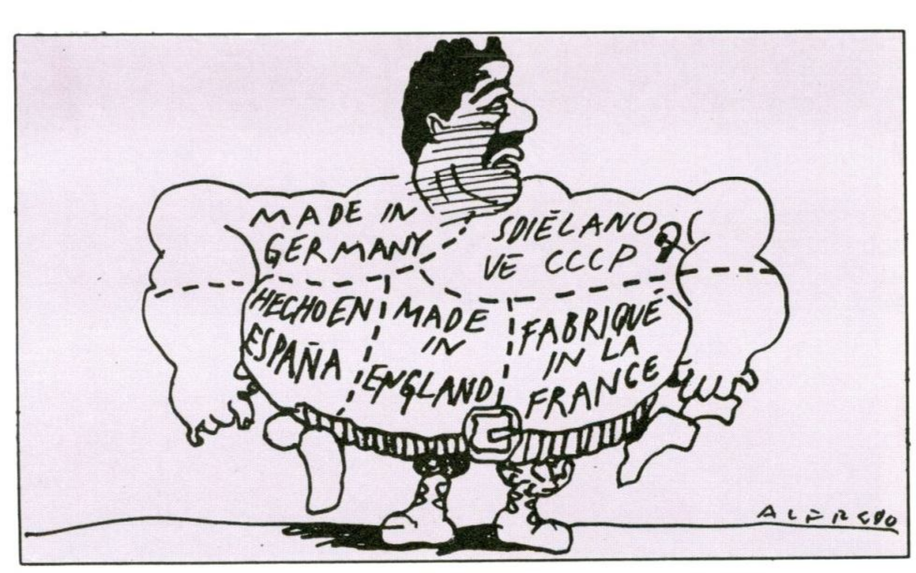
Y a Saddam comenzaron a no salirle las cuentas. En 1989 hubo de pagar 5.700 millones de dólares en intereses; cerca de 4.000 millones en armas, municiones y repuestos militares; una cifra similar en amortización de deudas; 3.000 millones en importación de alimentos y otro tanto en adquisición de maquinaria, automóviles, repuestos civiles, etc. La suma total de estas cifras se acerca a los 20.000 millones de dólares, mientras que la de sus exportaciones —petróleo, fundamentalmente— no alcanzó los 15.000 millones...

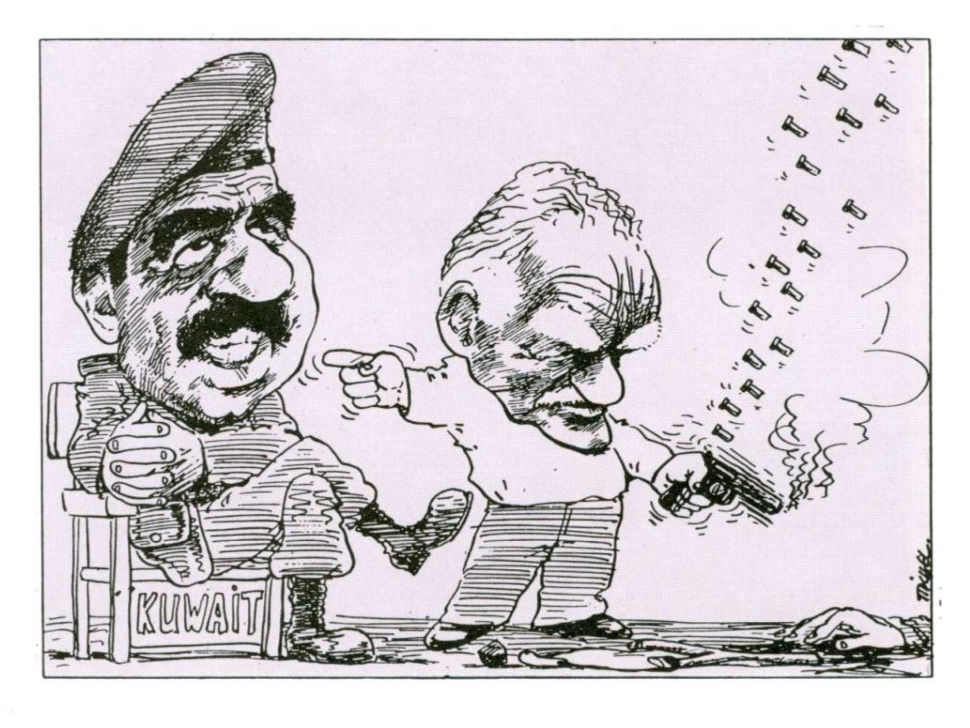


Arriba, *la amenaza de expansión iraquí (por Mingote,* ABC, *2 de septiembre de 1990). Centro, Saddam Husein, un monstruo creado por todos (Alfredo, en* Diario 16, *5 de septiembre de 1990). Abajo, Isaac Shamir amenaza con un dedo a Saddam Husein mientras dispara contra los palestinos. (Michel, en* Diario 16, *10 de octubre de 1990).*









Evidentemente su única salida era desmantelar el ejército. Pero eso no resultaba posible en un país cuyo régimen, según escribía el pasado 2 de septiembre Carlo Rosella en el semanario italiano *Panorama, se cimenta sobre la corrupción, la riqueza, el poder, un cierto nacionalismo fanático y un viejo orgullo patriotero de origen sirio-babilónico. Los iraquíes se sienten guerreros, se consideran mejor que los demás árabes, cultivan un profundo desprecio por los occidentales y padecen una peligrosa tendencia al superhombrismo...*

Saddam Husein, hombre de mentalidad medieval, dispuesto antes a morir que a dar un paso atrás, no podía adoptar esa medida humillante. Por otro lado, era consciente de que no se la podía permitir: ocupaba un trozo de Irán, país que, además, le reclamaba 200.000 millones de dólares como indemnizaciones de una guerra que inició Iraq... Evidentemente, debía conservar todo su poder militar para sostener el régimen y para frenar a los persas.

Huida hacia adelante

¿Cómo, pues, desenmarañar este nudo gordiano? Con la espada. La decisión debía estar tomada hace tiempo. Desde luego, antes de la pasada primavera, cuando la Cumbre Arabe se reunía en Bagdad. Saddam arengaba entonces a sus huéspedes, pidiéndoles solidaridad interárabe frente al exterior y colocando una frase entonces incomprensible: *Las guerras no siempre son provocadas por los militares; a veces estallan por motivos puramente económicos.*

A mediados de julio, Iraq rompía el reposo veraniego con una auténtica bomba: lanzaba sobre Kuwait una sarta de acusaciones a cual más grave:

— Haber puesto en marcha un plan de avance progresivo y programado hacia el interior de Iraq, donde habría establecido instalaciones militares, puestos de policía, instalaciones petrolíferas y granjas.

— Extraer petróleo desde 1980 de la bolsa de Rumaila, aprovechándose de que Iraq estaba enfrascado en su guerra con Irán.

— Adoptar una política petrolífera destinada a debilitar premeditadamente a Iraq, en un momento en que el país debía afrontar una feroz campaña imperialsionista y una difícil crisis financiera.



Con ser muy duras estas invectivas, el mundo se las tomó como preparación de la cumbre de la OPEP que debía reunirse en Ginebra el 26 de julio. Iraq deseaba una subida de los crudos hasta 25 dólares el barril, como mínimo; para ello había que decidir el descenso de los niveles de producción, y Kuwait sería el país condenado a reducir sus extracciones de crudo. Bagdad logró entonces sus propósitos en parte: Kuwait moderó un tanto su producción y los precios se fijaron en 22 dólares...

Pero esto no era suficiente para Saddam Husein. Sabía que esa disminución de la producción de crudo elevaría realmente los precios hasta los 18 ó 20 dólares, incrementando las rentas iraquíes del petróleo apenas en un 10 ó 15 por ciento. Era, pues, el momento de lanzar su órdago. Bajo los buenos oficios del presidente egipcio Hosni Mubarak se reunió una conferencia Iraq-Kuwait en la que aquel mostró su deseo por conseguir el reconocimiento de todos los cargos propuestos, el pago de fuertes indemnizaciones y la condonación de su deuda... Kuwait no aceptó y 24 horas después se produjo el ataque iraquí.

Las cuentas de la lechera

Evidentemente, Saddam Husein había valorado los riesgos, pero tamizándolos según sus intereses y a la luz de una situación internacional periclitada. ¿Por qué si la URSS intervenía en Afganistán y los Estados Unidos en Granada o Panamá, no podría Iraq hacer lo propio en Kuwait? ¿Por qué si Israel ocupa los territorios palestinos y Siria domina medio Líbano, no se permitiría a Iraq hacer lo propio?

El pensaba que el mundo árabe consentiría. Los países de la Península Arábiga callarían, aterrados; Siria se aprestaría a seguir su ejemplo en Líbano y, por tanto, aguardaría su ocasión. Egipto, por su parte, con más de un millón de súbditos trabajando en Iraq y con excelentes relaciones entre ambos presidentes, esperaría. Túnez guardaría silencio; Libia y Argelia estarían de acuerdo; Marruecos protestaría, pero queda tan lejos... Esperaba Saddam Husein —y los hechos le darían la razón, pero en menor medida de lo previsto— que la riqueza de Kuwait y su frecuente cicatería al administrarla habían generado suficientes antipatías y agravios entre las masas árabes desheredadas como para suscitar una universal simpatía hacia la invasión. Un Iraq poderoso podría, finalmente, ajustar las cuentas con Israel y vengar de una vez medio siglo de afrentas.

Suponía que habría conmoción en la ONU, pero allí sucedería lo mismo que durante los últimos cuarenta años: sus amigos soviéticos interpondrían el veto. Ocurriría como con las condenas lanzadas contra Israel y las resoluciones de la Asamblea General: agua de borrajas..., nada. Los Estados Unidos podrían intervenir, pero serían frenados por la URSS y, al final, se contentarían con garantizar la seguridad saudita...

Evidentemente, sabía que existían fuertes riesgos, pero la apuesta valía la pena. En lo económico suponía suprimir de un plumazo la deuda exterior contraída con Kuwait, y acceder al mismo tiempo a una posición desde la que poder exigir a los demás prestamistas árabes de Iraq que hiciesen lo mismo. El pueblo iraquí ya *había pagado con su sangre*.

Se convertiría también en el verdadero árbitro del mundo del petróleo, con las mayores reservas de crudo en su territorio y la primera o segunda de las producciones. Los precios deberían incrementarse hasta los niveles de 1980, según la cotización del dólar en aquella época, esto es, a unos 70-75 dólares actuales. Las enormes inversiones kuwaitíes fuera del país pasarían a su poder, eliminando de un plumazo la deuda exterior de Bagdad.

Su país no sólo alcanzaría una de las mayores rentas per cápita de la tierra, sino que obtendría ganancias geográfico-estratégicas que le otorgaría a él, Saddam Husein, el ambicionado puesto de *nuevo Saladino:* haber obtenido el reclamado territorio kuwaití y, con él, una magnífica salida al golfo por las islas de Bubillán y Warba...

Una auténtica jugada maestra. Sólo quedaba dejar pasar un poco más de tiempo, fortalecer aún más el Ejército, construir, quizás, el supercañón que alcanzase Israel y acceder, finalmente, a la bomba atómica...

Pronto llegaría el tiempo de volver a hablar con Irán sobre el estuario de Chatt el Arab, con Siria acerca de las aguas del Tigris y el Eufrates, con Israel de los territorios ocupados...

Pero los sueños, sueños son. Pronto se halló enfrentado a la mayoría de la comunidad internacional y sobre su país cayeron en cascada las resoluciones de la ONU. Sin embargo, impávido ante el terrible castigo que caería ineluctablemente sobre su pueblo, el dictador iraquí jugó su último farol hasta llegar a la guerra. Era consciente de que la única buena salida personal consistía en lograr su propósito y de que la retirada resultaba para su prestigio y para su poder tan mala como la derrota. Saddam Husein condujo impávido a su país hacia el holocausto. El 17 de enero se inició el ataque aliado, con cinco semanas de bombardeo, seguido por el ataque terrestre, que en cuatro días arrojó a los iraquíes de Kuwait, dando paso a una feroz guerra civil dentro de Iraq.

(1) Fue por vez primera a la escuela a los diez años y jamás terminó su carrera de Derecho, aunque, al parecer, es un buen conocedor de la poesía árabe preislámica e islámica.

(2) Pérdidas de ingresos petrolíferos, gastos militares extras, pérdidas de PNB en el sector petrolero, pérdidas de PNB en sectores no petroleros, formación de capital no realizada, pérdidas por destrucciones bélicas, civiles o industriales.

Kuwait, la perla del Golfo

Por Said Alami
Periodista. Corresponsal de prensa kuwaití

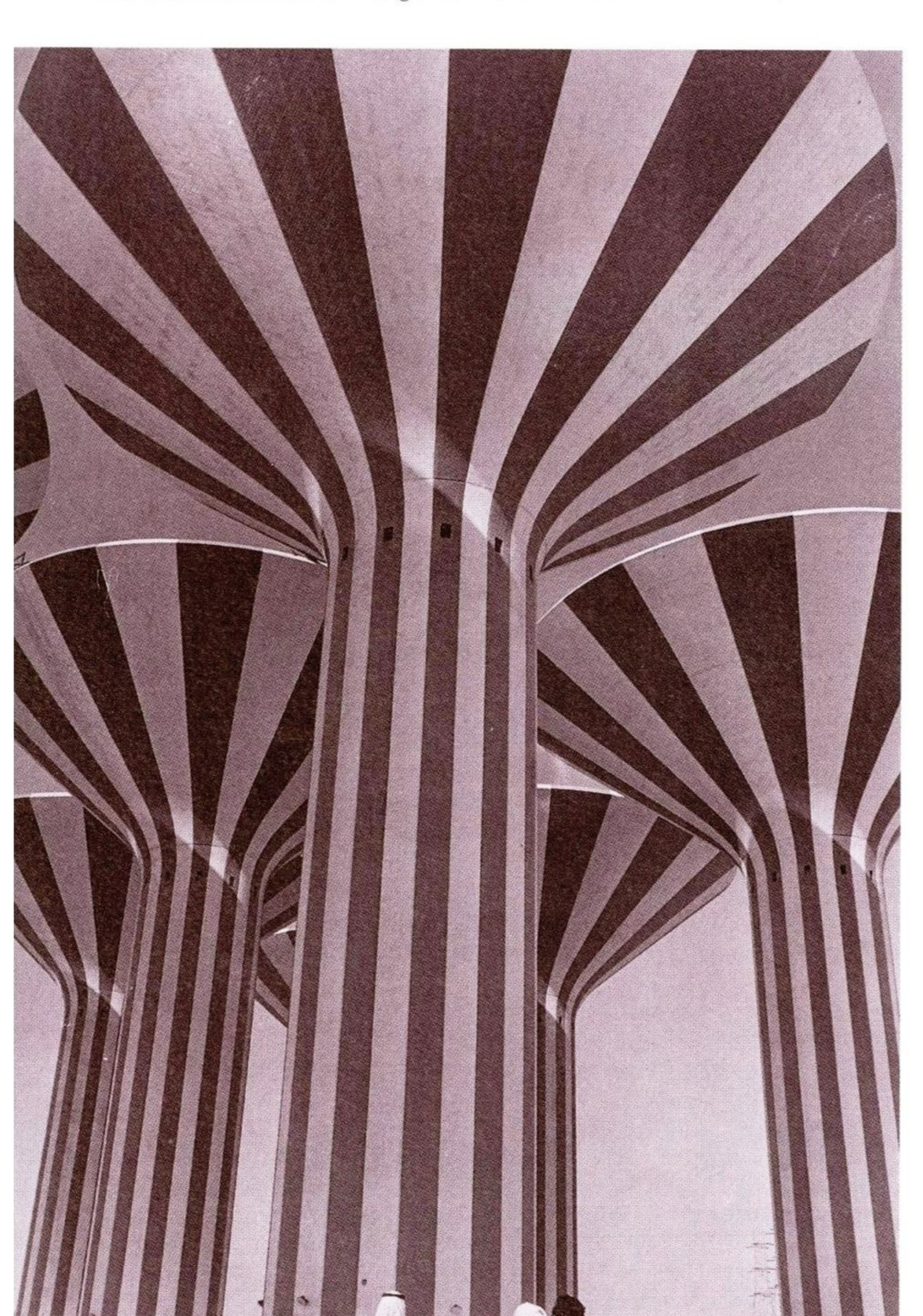
LA PERLA DEL GOLFO, sobrenombre con el que se conoce a Kuwait, era holgadamente merecido, pues la capital constituye la joya urbana y arquitectónica no sólo del Golfo, sino de todo el mundo árabe. Sin embargo, modernos edificios, calles y autopistas no convierten a ninguna ciudad, por sí solos, en un lugar tan solicitado para vivir como lo era Kuwait, máxime cuando su temperatura ambiente es tan severa que hace imprescindible el uso del aire acondicionado a lo largo de 8 ó 9 meses al año.

Kuwait era la joya codiciada por los emigrantes árabes y asiáticos porque, además de su esplendor urbanístico, ofrecía una vida social marcadamente consumista, medianamente tolerante, donde la potente prensa, los otros medios de comunicación, las amplias instalaciones dedicadas al ocio, la vida artística y la actividad teatral, los deportes de masas, como el fútbol, los sistemas de educación, sanidad, seguridad social, comunicaciones y servicios públicos, sistemas éstos que superaban en calidad de prestaciones los existentes en muchas capitales occidentales industrializadas, hacían la vida más agradable que en muchos otros países árabes.

Kuwait, ese país desértico de apenas 17.818 kilómetros cuadrados de superficie, era tan sólo hace cuarenta años un lugar inhóspito y olvidado por el mundo, donde los primeros inmigrantes árabes, llegados entonces desde la recién malograda Palestina, se horrorizaban al comprobar que el agua que tenían que beber era de color rojizo, pues solía ser transportada desde Chat Al Arab, al sureste de la vecina Iraq, en barcos de madera llamados *boom*, genuinamente kuwaitíes, y había que consumirla tal cual llegaba a sus manos. Actualmente, Kuwait posee cinco grandes plantas de destilación y desalinización del agua del mar con una capacidad de potabilización diaria próxima a 968 millones de litros. Esto nos da una idea del ímpetu que ha caracterizado el desarrollo de ese diminuto país sito en la esquina noreste de la Península Arábiga.

Tierra de mercaderes y pescadores

El nombre de Kuwait es de reciente aparición, a lo sumo dos



Castillo del agua en Kuwait, una de las ciudades modernas más bellas y ricas del mundo.

siglos. Hasta entonces, ese territorio se conocía por los autores árabes y occidentales con el nombre de Qurain. Según el primer historiador kuwaití, jeque Abdelaziz Al Rsheid, en su *Historia de Kuwait,* la palabra *Kuwait* es el diminutivo de *Kut,* palabra árabe de la que dice que era muy corriente en Iraq y Najd, y que significa castillo o fortaleza levantada cerca de las aguas del mar.

La ciudad de Kuwait apareció hace tres siglos, en un emplazamiento aislado, a grandes distancias de las otras ciudades de la zona y rodeada de inmensos desiertos. Sin embargo, el territorio que hoy ocupa el Estado de Kuwait, fue escenario, desde antes de la aparición del Islam, de varios acontecimientos importantes de la vida de las tribus de la Península Arábiga, como determinadas batallas que fueron nombradas en la poesía árabe preislámica e islámica, en cuyos textos figuran nombres de zonas que forman parte del Kuwait actual, como Kadima, donde tuvo lugar, en el 623 de la era cristiana, la batalla de Dat Al Salasel, en la que los árabes derrotaron a los persas.

Varias tribus, de renombre en la historia de Arabia, habitaron sucesivamente ese territorio: Tamim, Abd Qais, Taglob y otras. Sin embargo, fue a principios del siglo XVIII cuando empezó a fraguar un núcleo urbano, habitado por algunos pescadores, buscadores de perlas y comerciantes.

Como plaza comercial convergían en Kuwait factores geográficos e históricos favorables a esta actividad, pues aquella naciente ciudad estaba ubicada en la ruta comercial desértica que enlazaba el este de la Península Arábiga con Iraq y la región de Siria.

Además, su ubicación sobre una bahía en el rincón noroeste del Golfo, que la convierte en un puerto natural, reforzó el papel más tardío de Kuwait como emporio comercial, cuando las capitales de Arabia e Iraq buscaban salidas marítimas que les enlazaran con el este asiático, especialmente la India, para impulsar el entonces próspero comercio de especias y dátiles.

Ya a finales del siglo XVIII Kuwait empieza a adquirir cierta importancia como puerto comercial. Así, en 1793, la británica, y entonces poderosa, Compañía de las Indias Orientales, trasladó su agencia de Basora, situada al norte de Kuwait, a esta última, donde permaneció dos años, a causa de la ocupación de aquella ciudad por los persas.

La familia Al Sabah

Mucho antes, el tímido crecimiento de aquel núcleo urbano, de reciente aparición, coincidió con la llegada al lugar de una nueva oleada de emigrantes procedentes del sur, concretamente de la zona de Qatar, y la formaban varias familias árabes, entre ellas la familia Al Sabah, cuya llegada se cree que se produjo en torno al año 1716.

En 1752 los jefes de las familias que formaban aquella sociedad kuwaití aclamaron a Sabah Ben Jaber, de la familia Al Sabah, como primer gobernaor de Kuwait. Los notables de aquella sociedad confirmaban en esa elección su deseo de permanecer en aquel lugar y de organizar la naciente sociedad.

Años más tarde, en 1760, se construye la primera muralla alrededor de Kuwait: de 750 metros de longitud, lo que nos da idea de la diminuta ciudad que albergaba. En 1811, bajo el segundo gobernador, Abdallah Al-Sabah, fue construida la segunda muralla: 2.300 metros de longitud, lo que revela el ritmo de crecimiento que registraba la ciudad, teniendo en cuenta que en 1773 fue azotada por la peste, que segó la vida de la mayor parte de sus habitantes.

Pero, ¿de quién se querían proteger los kuwaitíes con la construcción de sus murallas? En tiempos de Sabah Ben Jaber (Sabah I) el entonces gobernador de la provincia de Basora, Suleimán, jefe de la tribu árabe de Kaab, que se había rebelado contra el Gobierno central otomano en Constantinopla, quería apoderarse del naciente puerto al sur de sus fronteras, intenciones éstas que impulsaron a los kuwaitíes a construir su primera muralla. A pesar de la muerte de Suleimán antes de realizar sus planes, los Kaab continuaron amenazando, desde Basora, a los kuwaitíes. En 1783, éstos derrotaron a los Kaab en la batalla de Riqqa. La segunda muralla fue construida en previsión de las intenciones de Constantinopla, a cuya autoridad estaba Kuwait nominalmente sujeta, de empezar a cobrar un canon del gobernador de Kuwait, que ni siquiera era nombrado por los otomanos.

Las relaciones entre Kuwait y los otomanos

Nos detenemos aquí en las relaciones que a finales del siglo XVIII existían entre Constantinopla y Kuwait. Los sultanes otomanos no intervenían directamente en los asuntos de Kuwait, aunque ambas partes reconocían una especie de dominio simbólico del sultán otomano sobre Kuwait.

Según el investigador saudí Khaled Ahmad Othman, varios historiadores árabes señalan el año 1790 como fecha del reconocimiento explícito por parte de los Al-Sabah de la soberanía nominal otomana sobre Kuwait. Este reconocimiento, sin embargo, incluía dos condiciones que fueron aceptadas por el califato otomano:

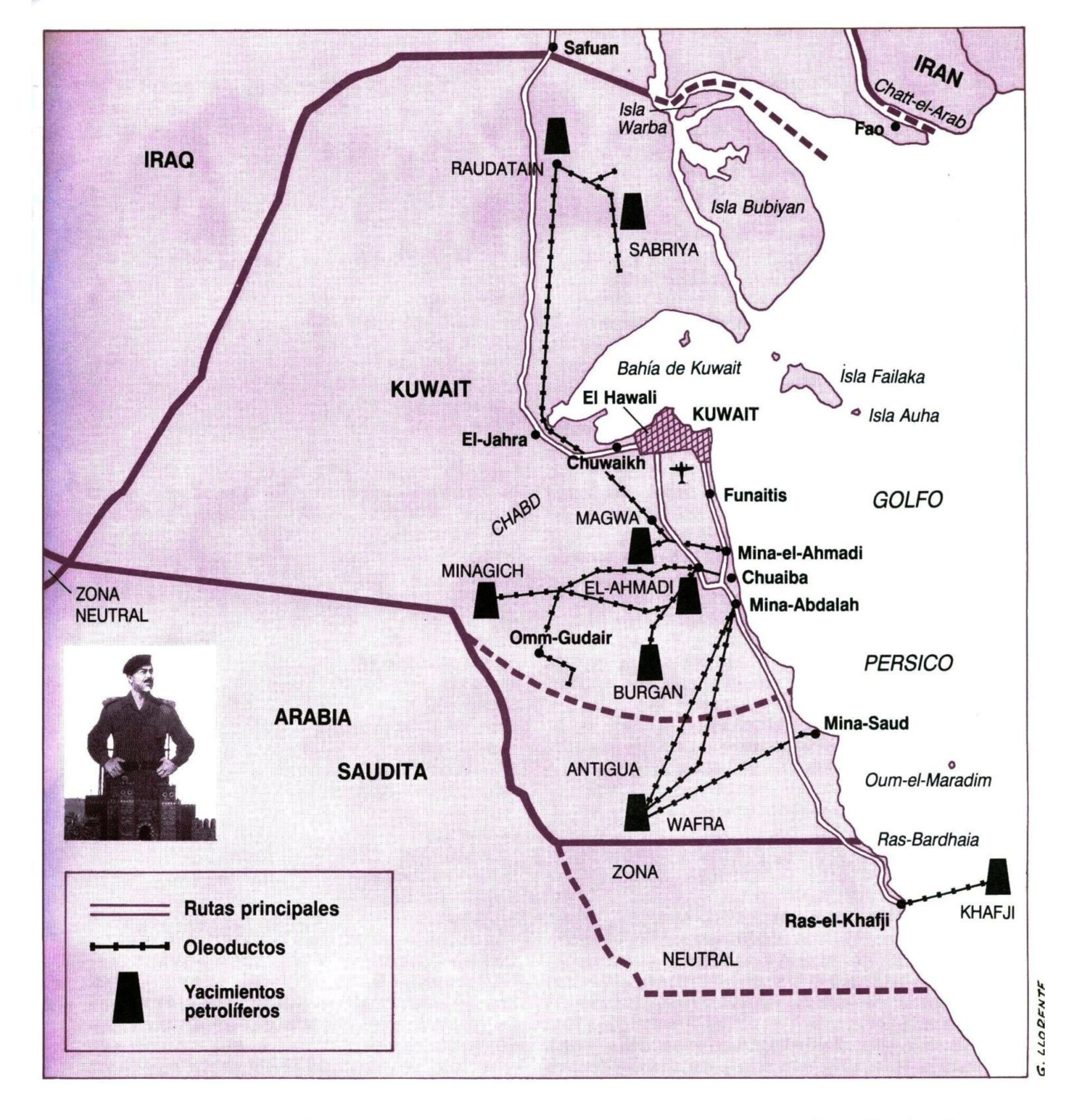
— No pagar canon alguno al sultán.

— No depender administrativamente de Estambul.

Medio siglo más adelante, en 1845, el Imperio otomano empezó a pagar un sueldo anual al jeque de Kuwait, entonces Jaber I, a cambio de la participación de éste en la defensa marítima del puerto de Basora.

En 1870, el sultán otomano cursó un *firman* por el que Kuwait pasaba a formar parte de la provincia otomana de Al Ahsa, en la actual Arabia Saudita; sin embargo, cinco años más tarde, cursó un nuevo *firman* por el que el jeque de Kuwait, entonces Abdallah II, pasaba a depender del gobernador otomano de Basora.

Sin embargo, aquellos *firmanes,* según el mencio-



nado investigador, no producían cambio alguno en la vida pública de Kuwait, donde el poder efectivo permanecía en manos de la familia Al-Sabah.

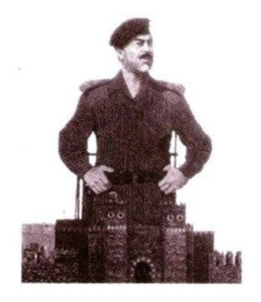
Kuwait y Gran Bretaña

Bajo el reinado de Mubarak Al-Sabah, auténtico padre del moderno Estado de Kuwait (1892-1915) los otomanos, ya en su declive, pretendían un dominio absoluto sobre el país, y no se contentaban con las ayudas que Mubarak las enviaba para la financiación de sus campañas.

El punto álgido de esta relación largamente tensa llegaba con la intervención de Gran Bretaña, que ya era una gran potencia en aquella región. Para liberarse de la constante presión otomana, Mubarak aceptó, en 1899, firmar un acuerdo secreto con los británicos, por el que éstos le proporcionaban protección militar contra los turcos. La firma del acuerdo terminó siendo conocida y ampliamente rechazada por el pueblo kuwaití, pero Mubarak, que gozaba ya del favor de los británicos, acabó enviando al exilio a aquellos que encabezaban la oposición popular, endureciendo su política interior, que desde su llegada al poder —estrenado con el asesinato de sus dos hermanos que se lo disputaban— se caracterizaba por su tiranía.

Kuwait se convirtió, de hecho, en un protectorado británico; sin embargo, Gran Bretaña no lo hizo pú-

blico formalmente hasta el estallido de la primera guerra mundial en 1914. El Tratado de Lausana de 1924, en el que las potencias vencedoras de la guerra se repartieron las posesiones del Imperio otomano, formalizó la dependencia de Kuwait de Gran Bretaña.



La batalla de Al Yahra

El 10 de octubre de 1920, bajo el gobierno de Salem Ben Mubarak, los kuwaitíes tuvieron que defenderse de un nuevo enemigo, que enarbolaba entonces el estandarte del fundamentalismo islámico.

En la batalla de Al Yahra, unos 1.500 kuwaitíes se enfrentaron a un ejército wahabita, procedente de Arabia, de unos 4.000 hombres. Los wahabitas, que querían imponer a los kuwaitíes las rígidas reglas religiosas de su comunidad, fueron derrotados alejando así definitivamente a Kuwait del punto de mira del naciente Estado que se fraguaba en la inmensa Arabia y que hoy se conoce como Arabia Saudita. Los wahabitas habían acusado a los kuwaitíes de ser herejes porque éstos permitían fumar tabaco, pretexto que se utilizó para atacar Kuwait.

La batalla de Al Yahra es considerada por los kuwaitíes como el punto de arranque de su moderno Estado y la confirmación definitiva de su independencia de los países que le rodean. Se detecta, en este capital suceso de la historia de Kuwait, la ausencia de cualquier intervención militar británica. Y no es de extrañar, pues los dos contrincantes eran protegidos y aliados de Gran Bretaña.

El moderno Estado de Kuwait

En 1934 el jeque de Kuwait, Ahmad al Jaber, firmó un acuerdo con la británica Kuwait Oil Company (KOC) por el que ésta obtenía el monopolio absoluto para la exploración petrolífera, perforación de pozos, extracción, refinado y exportación del petróleo kuwaití.

Sin embargo, hasta finalizada la segunda guerra mundial la KOC no empezó a explotar de lleno la riqueza petrolífera kuwaití. Durante la década de los cincuenta, Kuwait comenzó a recibir a los nuevos emigrantes, venidos principalmente de Palestina, Líbano, Siria y Egipto. La riqueza del petróleo ya se notaba en el país, que se dota lentamente de las instalaciones y servicios más imprescindibles para el progreso. Atrás quedaban, definitivamente, los tiempos en que los kuwaitíes dependían de la pesca, de la búsqueda de perlas en el fondo del mar y del comercio con la India.

Pero fue con la independencia, el 19 de junio de 1961, cuando Kuwait enfiló definitivamente la senda del progreso más sorprendente y rápido. Al día siguiente Kuwait fue admitido como miembro en la Liga de Estados Arabes y dos años más tarde en las Naciones Unidas. El 11 de noviembre de 1962, el ya Emir de Kuwait, jeque Abdallah Al Salem Al-Sabah, ratificó la Constitución del país, y el 29 de enero del año siguiente se inauguró el primer parlamento, elegido por sufragio universal masculino.

El Estado de Kuwait en 1990

En el caso de que Kuwait recupere su independencia, por cualquier conducto, el Estado que renacería entonces nunca volvería a ser el que fue hasta el pasado día 2 de agosto, cuando las tropas iraquíes pusieron fin a su existencia.

El Kuwait de 1990 contaba con 2.096.000 habitantes, de los que sólo 580.000 eran kuwaitíes, lo que equivalía al 27,7 por ciento de la población. Las autoridades kuwaitíes establecieron poco antes de la invasión un plan para elevar el porcentaje de kuwaitíes hasta el 60 por ciento de la población para el año 2015. La *renta per cápita* kuwaití era el año pasado de 15.645 dólares, la más alta del mundo.

Si profundizamos más en los datos sobre su economía, encontramos a un país en una situación muy boyante, cuyo Producto Nacional Bruto era en 1989 de 23.727 millones de dólares, frente a 19.552 millones en 1988. En concepto de ventas de petróleo, Kuwait ingresó el año pasado 9.703 millones de dólares, capítulo éste que registró a lo largo de la última década notables altibajos debido a la inestabilidad de los precios mundiales del producto y la variación en la producción kuwaití de crudo.

Esta producción se situaba en el presente año en 1,5 millones de barriles al día, frente a 3 millones de barriles diarios a principios de los setenta. En 1988 y 1989 su producción diaria no llegó al millón de barriles.

Desde 1980, fecha de la creación de la *Kuwait Petroleum Company* (KPC), la actividad petrolera en Kuwait se repartió entre cuatro grandes empresas estatales, incluida ésta última. Las otras tres son la Kuwait National Petroleum Company, la Kuwait Oil Tankers Company, y la antes mencionada Kuwait Oil Company, que ya pertenecía al Estado kuwaití. Otra empresa estatal, la Kuwait Foreign Petroleum Company, se dedicaba a la exploración petrolífera en el extranjero, actividad ésta que fue reforzada hace algunos años con la compra por parte de Kuwait de la empresa norteamericana Santa Fe.

Kuwait poseía tres grandes refinerías de petróleo donde en 1987 fue tratado un total de 215 millones de barriles, a una media de 588.000 por día. No disponemos de datos más recientes sobre este punto, pero sí sobre los ingresos de Kuwait en el capítulo de la exportación de productos refinados del petróleo en 1989, que fueron de 2.502 millones de dólares.

En el exterior, Kuwait poseía grandes inversiones, canalizadas principalmente a través de la Kuwait Investment Office (KIO). Este apartado representó para Kuwait en 1989 unos ingresos netos de 8.312 millones de dólares. Estos ingresos equivalen casi al 85,7 por ciento de los obtenidos por el petróleo, sin incluir los productos de refino, lo que subraya la capital importancia para la economía kuwaití que



El Emir de Kuwait, Jaber Al-Sabah

representaban, en los últimos años, sus inversiones en el exterior.

Las exportaciones kuwaitíes no petroleras, especialmente de servicios, suponían, en 1989, otro capítulo de ingresos de 3.335 millones de dólares.

Finalmente, el valor de las importaciones de Kuwait rebasaba en 1989 el de sus exportaciones de crudo, totalizando unos 10.664 millones de dólares, lo que no debe extrañar, pues Kuwait era un Estado que dependía casi en todo del exterior.

Vida política

Nos limitaremos aquí a exponer los hechos cruciales de la vida política interna de Kuwait en 1990, hasta su total ocupación por parte de Iraq, sin tocar el conflicto entre los dos países.

Ya en diciembre del año pasado, en pleno derrumbamiento de los regímenes totalitarios de la Europa del Este, en algunos casos a manos de enfervorizadas masas, Kuwait empezó a vivir un fenómeno reducido, pero sin precedentes desde la independencia del país. Grupos de kuwaitíes comenzaron a manifestarse exigiendo la restauración de la vida parlamentaria. Estas protestas se propagaron y se hicieron frecuentes, pero nunca llegaron a congregar a las masas kuwaitíes.

El Emir Jaber Al Ahmad Al-Sabah había suspendido las funciones de la Asamblea Nacional (Makles Al Umma) en 1986, alegando motivos de seguridad por encontrarse la zona inmersa en la cruenta y larga guerra entre Iraq e Irán. Pero 16 meses después de acabado el conflicto, el Emir no había restaurado el Parlamento.

Los líderes de la *oposición,* miembros del suspendido Parlamento y que no pertenecían a ningún partido político al ser el kuwaití un sistema exento de partidos, seguían disfrutando de la inmunidad parlamentaria y celebraban frecuentes reuniones con otros notables del pueblo. Esas reuniones tenían lugar en *Diwaniyas* o salones tradicionales, donde se celebran las tertulias y que existen en todas las casas kuwaitíes que se precien de ser distinguidas. En esas reuniones, toleradas por las autoridades, se hablaba de la necesidad de restaurar el Parlamento en sus funciones, y se organizaba una especie de plataforma reivindicativa.

El primer ministro y príncipe heredero, jeque Saad Al Abdallah, se reunió con los representantes de esta plataforma mientras el asunto centraba totalmente la atención de los medios informativos kuwaitíes, en los que el censor impedía cualquier disonancia. Tres figuras del anterior Parlamento encabezaban la corriente que exigía su reapertura. Ahmad Al Saudoun, presidente del Parlamento, el doctor Ahmad al Khatib, y Ahmad al Rabayi, llamados en conjunto *los Ahmad.*

La respuesta del Emir Jaber a estas exigencias fue favorable a la restitución de la vida parlamentaria, pero eligiendo un nuevo Parlamento en el que el propio Emir tenía derecho a nombrar un tercio de sus diputados. Todos los periódicos aplaudieron al emir en un coro de editoriales y artículos hiperinstitucionales.

La protesta de la oposición, apoyada por los fundamentalistas islámicos, fue de claro enfrentamiento a la tesis del Emir. Algunas figuras históricas de la oposición realizaron declaraciones claramente contrarias a Al-Sabah, que fueron publicadas en los

medios de información extranjeros. Algunos destacados opositores fueron más lejos, calificando la propuesta del Emir —que en abril se convirtió en una *orden emiral* indiscutible— de anticonstitucional, pues la Carta Magna de 1962 establece el voto como único medio por el qu9e pueden acceder a los escaños los 75 diputados de los que se compone el Parlamento. La policía llegó a detener a algunas figuras de la corriente opositora, sin tocar a *los Ahmad*, cuyas *diwaniyas* fueron, empero, cerradas por las autoridades.

Las elecciones para el nuevo Parlamento, que aunque transitorio iba a tener el mismo período legislativo de cuatro años que la Constitución establece para las legislaturas ordinarias, se celebraron el pasado mes de junio. La mayor parte de los centenares de candidatos eran gente desconocida en la vida política del país, y entre ellos figuraban pocos nombres del antiguo Parlamento y ninguno de las corrientes fundamentalistas que boicotearon, en ambos casos, aquellas elecciones. Y como establecía la mencionada orden emiral, Al-Sabah designó a 25 diputados, los otros 50 fueron elegidos por el pueblo. Así terminó este capítulo tan delicado de la vida política kuwaití, el último antes de la anexión iraquí, que se produjo cuando el flamante Parlamento daba sus primeros pasos.

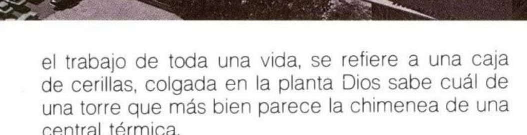
Sin embargo, este capítulo, y los sucesos que siguieron a aquel 2 de agosto, descubrieron el grado de cohesión de la sociedad kuwaití. Pues, incluso cuando la oposición empezaba a tomar carices inusuales y sorprendentes, con un fuerte nivel de contestación al Emir, cuya autoridad nadie osaba cuestionar, el Gobierno kuwaití fue prudente y no llegó a recurrir a la fuerza contundente contra sus opositores, tan a menudo utilizada contra el pueblo en muchos países árabes.

Al revés, las autoridades kuwaitíes pusieron rápidamente en libertad a los que habían sido detenidos, que no pasaban de media decena. Eso sí, el Emir hacía exactamente lo que le parecía más oportuno en política, pero sin llegar nunca a enfrentarse abiertamente a sus opositores, a los que trataba como a una parte de la *familia kuwaití*, y estos, en consecuencia, nunca llegaron a recurrir a modos que puedan tacharse de insolencia o de enemistad agresiva hacia Al-Sabah.

No debe extrañarnos este respeto mutuo entre los contrarios de la vida política kuwaití, pues se trata de un pueblo que, como hemos visto desde sus primeras raíces, se compone en su mayoría de familias que se conocen entre sí desde hace generaciones, llegando efectivamente, y debido a su reducido número, a constituir lo que los mismos kuwaitíes califican de *una gran familia*, a la que el Emir Jaber se dirigía en sus discursos con el término de *mis queridos hijos*. Era la típica sociedad paternalista, incluso en lo gubernamental, que en definitiva les iba bien.

Así, el jeque Saad, quien desde el acceso al poder de Jaber Al Ahmad, en enero de 1978, es su primer ministro y heredero, dijo el 23 de abril, en una reunión con los directores de los periódicos kuwaitíes, refiriéndose a los opositores: *Somos como hijos de una sola familia, solidaria y siempre encariñada, y por eso, siempre seguimos en el Gobierno el método del convencimiento.*





Vista de Al Kuwait, la capital del emirato, algún tiempo antes de la invasión iraquí.

El Estado del bienestar

En realidad el pueblo kuwaití no tenía por qué romperse la cabeza en berengenales políticos. ¿Para reivindicar qué? Por esto los opositores políticos no podían, ni pretendían, atraerse a las masas. El pueblo kuwaití gozaba hasta el pasado 1 de agosto de privilegios inexistentes en ninguna otra parte del mundo, ni siquiera en los otros países del Golfo.

La familia Al-Sabah supo desde que manó el petróleo bajo sus pies cómo hacer que esta fabulosa riqueza repercutiera en la vida de cada una de las familias kuwaitíes. Quedaron lejos los tiempos en que —durante los años cincuenta y sesenta, e incluso bien entrados los setenta— el *tazmin*, o la tasación, era la vara mágica que convertía a cualquiera de las humildes familias kuwaitíes, en un abrir y cerrar de ojos, en potentados clanes con grandes fortunas. El método consistía en tasar las viejas casas de Kuwait, construidas de adobe, a precios astronómicos, confiscarlas en nombre del Gobierno y derribarlas. Benditas confiscaciones aquellas que las familias kuwaitíes esperaban pacientemente, a veces durante muchos años.

Aquel era uno de muchos métodos, el más generoso, a través de los cuales los kuwaitíes se iban enriqueciendo rápidamente. Los sucesivos gobiernos trataron de no dejar en el desamparo a ninguno de sus ciudadanos, ni siquiera a aquellos beduinos a quienes se les concedió la nacionalidad kuwaití tardíamente, y que hasta hace dos décadas eran unos pobres nómadas que trashumaban por los desiertos que se extienden más allá de las fronteras de Kuwait.

El *tazmin* y el simultáneo y fuerte movimiento constructor llevaron a la práctica desaparición del antiguo Kuwait, del que las nuevas y fabulosas edificaciones no dejaron ni rastro. Pues ¿quién no tenía su casa de adobe en aquel Kuwait de los cincuenta?

Esto significó construir un nuevo Kuwait, donde el Gobierno garantizaba una vivienda a cada familia kuwaití, a precios simbólicos. Y hay que dejar claro aquí que la palabra *vivienda* para un kuwaití medio no significa lo que para el resto de los mortales de la clase media que pululamos en países industrializados, donde el término *vivienda*, además de suponer el trabajo de toda una vida, se refiere a una caja de cerillas, colgada en la planta Dios sabe cuál de una torre que más bien parece la chimenea de una central térmica.

Las viviendas que el Instituto Público de la Vivienda, IPV, fundado en 1974, entregaba a los kuwaitíes con ingresos supuestamente *limitados*, son en su mayoría villas construidas en dos plantas, con habitaciones y salones donde bien podrían celebrarse partidos de tenis, dotadas de sus respectivos y privados jardines o parcelas, preparados para el esparcimiento de sus moradores.

Así, el IPV, que en 1990 concluyó su tercer plan quinquenal, y que en 1982 fue sometido a las directrices de un Consejo Superior de la Vivienda, realizó en los últimos 15 años gigantescos proyectos urbanizadores, que incluyeron ciudades enteras, dotadas de todos los servicios e instalaciones, siempre al más óptimo nivel.

Según el informe anual del IPV, hecho público el pasado 23 de julio, a lo largo de estos tres planes quinquenales, este organismo construyó un total de 53.755 viviendas, que fueron adjudicadas a otras tantas familias. El cuarto plan quinquenal, el más ambicioso de todos, y que iba a entrar en vigor en 1991, proyectaba la construcción de otras 27.227 viviendas, con un presupuesto global de 5.670 millones de dólares (20.824.160 pesetas de coste para cada piso).

La vivienda de los extranjeros

Hablar de las viviendas que disfrutaban los kuwaitíes nos conduce, irremediablemente, a hablar de la otra vivienda en Kuwait, la del 1.515.000 extranjeros que allí residían. Pues, en ese mismo país altamente próspero del que estamos hablando, la mayor parte de los residentes, los no kuwaitíes, que representaban el 72,3 por ciento de la población, tenían que contentarse con vivir apretujados en apartamentos alquilados a precios elevados, pues ningún extranjero tenía derecho en Kuwait a poseer nada a su nombre, excepto el coche y los muebles. Así, el alquiler de casas, oficinas, naves, comercios, etcétera, era el gran negocio de los kuwaitíes en el interior de su país. Además, mientras los barrios kuwaitíes estaban dotados de toda clase de instalaciones y servicios, incluidos parques y arbolado, que suponían enormes costes para el Estado, muchos barrios no kuwaitíes, donde residían familias árabes, carecían de casi todo, incluido el alumbrado público y el asfalto.

Una ley decretada a la llegada al poder del actual Emir, Jaber Al Ahmad Al-Sabah, permitía a los dueños de inmuebles duplicar el valor de los alquileres y hacerlo nuevamente cada cinco años, lo que supuso una catástrofe para la economía de las familias extranjeras, absolutamente desprotegidas por el Estado, que les ponía enteramente a merced del propietario de turno. Miles de familias árabes tuvieron que abandonar Kuwait a consecuencia de aquella ley, al no poder pagar el doble de los alquileres que venían satisfaciendo, máxime cuando los sueldos de los trabajadores extranjeros permanecieron largos años sin ninguna subida.

Muchos observadores árabes vieron en aquella ley de arrendamientos un soterrado plan para expulsar del país a parte de las comunidades árabes residentes en él, especialmente la palestina(*), que resultó ser la más perjudicada, para sustituirlas por trabajadores asiáticos, mucho más baratos y que habi-

tualmente residían en el país sin sus respectivas familias, lo que suponía un considerable ahorro para el Estado.

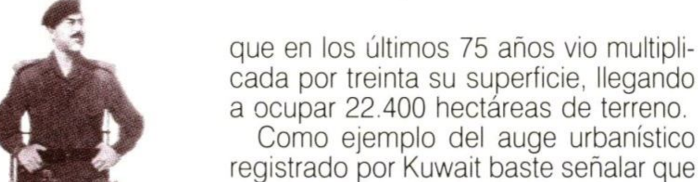
Diversas medidas tomadas en sucesivos años por el Gobierno del Emir Jaber, incluidos los despidos masivos de trabajadores árabes de todos los sectores y su inmediata expulsión del país, más la simultánea avalancha de trabajadores indios, paquistaníes, filipinos y coreanos, que fueron llegando a Kuwait a lo largo de los ochenta, vinieron a confirmar esta hipótesis. La presencia de estos trabajadores asiáticos, que no hablaban árabe, llegó a tal nivel, que era frecuente en los últimos años encontrar en la prensa diaria local numerosas cartas enviadas por ciudadanos kuwaitíes, en las que se quejaban de no poder entenderse con su médico en el ambulatorio, con la enfermera que le atiende en el hospital, con el empleado del banco, etcétera.

Ya que estamos inmersos en un tema que afecta tan gravemente a los extranjeros que residían en Kuwait, conviene destacar aquí que es el Gobierno de Jaber Al Ahmad Al Sabah, el actual Emir, el que dedicó un trato vejatorio a los *wafidun*, o *llegados*, como denominaba su Administración a los residentes extranjeros, no importaba cuántas décadas llevasen viviendo en el país, ni si habían nacido en él.

Ese trato vejatorio, a todos los niveles del vivir diario, se acentuaba especialmente para el residente árabe, que en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta había construido el país, en todos sus sectores, con titánico trabajo, sudor y lágrimas. Por eso, las comunidades árabes de Kuwait recordaban en los últimos años, con gran nostalgia y cariño, aquellos Emires, de aquellas décadas, en que se les dispensaba un buen trato y respeto. Eran los Emires, justos y bondadosos, jeque Abdallah Al Salem Al Sabah (1950-1965), padre de la independencia kuwaití, y su sucesor, Sabah Al Salem Al-Sabah (1965-1977).

Ciudad, educación y sanidad

La sociedad kuwaití tenía por escenario la ciudad de Kuwait, que, como adelantábamos, es una de las más modernas del mundo. Existen en el país otras ciudades, como Al Ahmadi y Al Fahahil, pero más del 85 por ciento de la población vivía en la capital, que en los últimos 75 años vio multiplicada por treinta su superficie, llegando a ocupar 22.400 hectáreas de terreno.



Como ejemplo del auge urbanístico registrado por Kuwait baste señalar que en 1912 conoció su primer coche y que en 1957 contaba con un total de 23 kilómetros de carreteras, mientras en la actualidad dispone de 4.000 kilómetros (de 10 metros de anchura mínima), que absorbían un tráfico diario de 595.000 vehículos hasta el pasado 2 de agosto.

Aparte de esto, Kuwait disfrutaba del sistema de sanidad más desarrollado del mundo árabe: contaba con numerosos ambulatorios y hospitales, donde se efectuaban operaciones quirúrgicas de alta especialización, como las de trasplantes de órganos. De este sistema disfrutaban plenamente los extranjeros residentes en el país. Así, además de los casos de kuwaitíes, muchos extranjeros que requerían tratamiento fuera del país eran trasladados a los hospitales más avanzados en las diversas especialidades, donde recibían tratamiento a expensas del Estado kuwaití. Ni kuwaitíes ni residentes tenían que pagar nada por la atención sanitaria.

No ocurría lo mismo, sin embargo, con el sistema de enseñanza, cuyas instalaciones y medios eran incomparablemente mejores que los demás de la región, pero de los que el Gobierno del jeque Jaber excluyó a la mayoría de los alumnos extranjeros, que en los últimos años se veían obligados a acudir a colegios privados, negocio éste que floreció sobremanera durante los años ochenta. De la universidad kuwaití, fundada hace poco más de una década, quedaban totalmente excluidos los alumnos extranjeros. Todos los niveles de la enseñanza eran gratuitos para los kuwaitíes, de los que el Gobierno solía enviar al extranjero —casi exclusivamente al Reino Unido, Estados Unidos, Canadá y Egipto— a más de un centenar de bachilleres superiores, para que cursasen allí sus estudios universitarios, pagados por el Estado.

NOTA

(*) N. de la R. Este trato es, en parte, el justificante de la reacción de las masas humildes del mundo árabe en general y de los palestinos en particular a favor de Saddam Husein en esta crisis. A muchos de ellos les movía la inquina contra la discriminación kuwaití, más que la simpatía por el expansionismo iraquí.

Tormenta del desierto

Por David Solar
Periodista

LOS comentaristas internacionales pronosticaron que el comienzo del ataque multinacional tendría lugar en noviembre. Los aliados habían acumulado un impresionante arsenal y gran cantidad de tropas, y existían múltiples indicios que permitían esos cálculos. Sin embargo, el mes transcurrió en tensa calma. Muchos países, entre ellos la URSS, pedían a Washington que tuviera paciencia y siguiera negociando. El día 29 se reunió en Nueva York el Consejo de Seguridad y ela-

boró la duodécima resolución sobre el caso —la número 678—, que autorizaba a los Estados miembros a adoptar las medidas que juzgasen necesarias para hacer cumplir las resoluciones emitidas al respecto si Iraq no había evacuado Kuwait el 15 de enero.

Una de las cuestiones que más encrespó a la opinión pública internacional fue la decisión de Sadam Husein de tomar como rehenes a los extranjeros que se encontraban en Iraq en el momento de la invasión, para presionar a sus respectivos países. Le sirvió de arma propagandística. Por Bagdad pasaron el austriaco Waldheim, los españoles Almeida y Villapalos, el británico Heath, el alemán Brandt, para intentar conseguir la libertad de sus compatriotas. Inesperadamente, el 6 de diciembre, el presidente iraquí decidió ponerles en libertad.

Se produjo entonces una distensión en el ambiente, pero la carrera para reunir mayores medios de combate continuó en ambos bandos. Iraq, con un boicot internacional estrangulando su economía y muchas de sus necesidades vitales —aunque durante muchos meses se habían estado preparando para soportar esta medida—, fortificaba febrilmente sus tropas en el emirato ocupado. Los aliados acumulaban medios y hombres —hasta alcanzar unos 700.000—, y llevaban a cabo un programa de adiestramiento acelerado para combatir en el desierto y constantes ejercicios de coordinación de ejércitos y armas. En esto parecía existir tanta dificultad, que varios generales norteamericanos manifestaron en Navidad que el ejército de tierra no estaría en disposición operativa hasta mediados de febrero.

El ultimátum

Trascurrieron las Navidades y atrás quedaron las visitas familiares, las actuaciones de artistas, las pequeñas vacaciones y los regalos para los soldados de la fuerza multinacional. El 15 de enero, fecha límite concedida por la ONU, se aproximaba amenazador. En el campo contrario, al sur de Kuwait, los soldados iraquíes terminaban sus *bunkers* y toperas. Creían y hacían creer que aquella fortaleza sería inexpugnable.

La guerra parecía inminente, cuando el presidente Gorbachov logró que Washington y Bagdad concertaran una reunión negociadora. La cita tuvo lugar el día 9 en Ginebra. Acudieron el ministro de Asuntos Exteriores de los EE.UU., James Baker, y el de Iraq, Tarek Aziz. La reunión duró seis horas, pero no se llegó a un acuerdo. No hubo modificación alguna en la postura iraquí, que vinculaba cualquier negociación sobre Kuwait a la solución del problema palestino. Tras el encuentro, los dos ministros mantuvieron sendas ruedas de prensa, que colocaron al mundo ante la inevitabilidad de la guerra:

Iraq no debe tener ninguna duda de que la coalición internacional tiene el deseo y la fuerza para hacerle salir de Kuwait y que, si continúa con esa ocupación, afrontará un conflicto de consecuencias devastadoras, dijo Baker. Por su parte, Tarek Aziz fue igual de contundente: *El pueblo iraquí se ha preparado para lo peor desde el principio... Además, tenemos una larga experiencia en la guerra.*

Sin embargo, todavía quedaba una pequeña esperanza para la paz. El secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, se trasladaba a Bagdad el 11 de enero. Mantuvo infructuosas conversaciones con Tarek Aziz, y tras muchas gestiones logró que le recibiera el presidente Sadam Husein. Todo fue en vano. Ya en París, el secretario general de la ONU declararía: *No hay motivo alguno para ser optimistas... No he hecho progresos en Bagdad...* Según fuentes francesas, el señor Pérez de Cuéllar le dijo al presidente Mitterrand que había encontrado en Sadam Husein una indiferencia suicida.

En efecto, el 13 de enero, cuando Pérez de Cuéllar abandonaba Bagdad, el presidente iraquí declaró a la prensa: *La decimonovena provincia iraquí* (Kuwait) *será el escenario de una gran batalla... El ejército iraquí es perfectamente capaz de defender el honor de la nación árabe.*

Aunque apenas quedaba tiempo, se sucedieron los intentos de solución negociada por parte de Siria, Francia y Argelia, e incluso de Yemen. Nada. Bagdad era refractaria a cualquier solución que significara su salida de Kuwait: *No es un problema de calendario, sencillamente no podemos aceptar la presión, no aceptaremos el ultimátum,* declaraba un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de Bagdad el 14 de enero. El mismo día, el Parlamento iraquí apoyaba plenamente la política de Sadam Husein y arengaba a los iraquíes a emprender *la guerra santa* contra los países occidentales y sus aliados árabes.

A pesar de todo, el día 15 Javier Pérez de Cuéllar realizó un último intento de evitar la guerra. Al concluir una reunión del Consejo de Seguridad hizo este llamamiento: *Pido al presidente Sadam Husein que detenga el curso catastrófico de los acontecimientos... Debe comenzar sin pérdida de un minuto la retirada de Kuwait, y una vez que este proceso se ponga en marcha, las Naciones Unidas garantizarán que ninguno de los países de la fuerza multinacional atacará a las tropas iraquíes.*

Pero desde Bagdad no llegó la señal esperada. Ese último día concedido por la resolución 678 del Consejo de Seguridad se produjeron manifestaciones convocadas por el partido Baas, que gobierna Iraq, contra la coalición internacional. Francia, promotor del último intento negociador, abandonaba el empeño. El primer ministro, Michel Rocard, declaraba al anochecer: *Ha llegado el momento de recurrir a la fuerza.*

El día 16 amaneció cargado de negros presagios. El ministro de Información de Iraq, Latif Nasif Yasim, se permitía bromear insensatamente: *Ya hemos ganado, ¿no? Estamos a 16 y no ha*

ocurrido nada... Estados Unidos quiere que nos arrodillemos, pero será Bush quien lo haga.

Al mismo tiempo, en Washington, el presidente estaba reunido con el secretario de Defensa, Richard Cheney, y con el jefe del Estado Mayor, Colin Powell. Allí se tomó la decisión de iniciar el ataque aéreo. Powell se puso en contacto con el general Schwarzkopf, al que pidió que abriera el sobre lacrado que contenía las órdenes de actuación. Simultáneamente llegaba a la residencia presidencial el secretario de Asuntos Exteriores, James Baker. Bush le informó de que ya había dado la orden de atacar y le indicó que podía empezar la ronda de informaciones confidenciales a los países aliados.

Poco antes de las doce de la noche de ese 16 de enero, llegaban al Palacio de la Moncloa, residencia del presidente del Gobierno español, el ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez; el de Defensa, Narcís Serra, y la portavoz del gobierno, Rosa Conde, que junto con Felipe González componían el *Gabinete de crisis*. Esperaban la información oficial sobre el comienzo del ataque. No tuvieron que esperar mucho tiempo: cuando el reloj marcaba las 00.10 horas, el presidente Bush comunicó al presidente González que la ofensiva aliada se acababa de poner en marcha.

En efecto, a las 2 h. 10 minutos de Iraq, docenas de aviones *invisibles F-117* atacaban las instalaciones de radar de Iraq. El mando iraquí se quedó *ciego*, incapaz de otra cosa que guarecerse en los refugios, ordenar a la aviación que interceptase a los invasores y a la defensa antiaérea que frenase al enemigo. Vano empeño. Los cazas iraquíes que pudieron levantar el vuelo fueron abatidos por los *F-15 Eagle* norteamericanos que, perfectamente informados de sus rutas, les esperaban. La defensa antiaérea tampoco tuvo mucho éxito. Sin radares que les alertasen y dirigiesen, su nutrido fuego era guiado únicamente por el ruido de los reactores enemigos.

Esa noche los pilotos de la fuerza multinacional llevaron a cabo más de dos mil misiones de bombardeo y caza. Un amplio muestrario de aparatos con base en tierra o en portaaviones comenzó a hacerse familiar; bombarderos *B-52* o *F-111*, cazabombarderos de todo tipo y especialización: *F-14, F-15, F-16, F-18, A6E, Jaguar, Tornado,* los veteranos *Phantom*... Cerca de 600 objetivos fueron atacados en las primeras horas, con más de 8.000 toneladas de bombas, que se lanzaron fundamentalmente sobre instalaciones de comunicaciones militares y civiles, aeropuertos, puestos de mando y control, fábricas de armamento y de productos químicos, instalaciones nucleares...

Tal como se suponía, la reacción aérea iraquí fue nula. Los pocos aviones que lograron volar resultaron abatidos. En vista de la violencia del ataque, de las destrucciones producidas y de la indefensión iraquí, se universalizó la idea de que la guerra sería muy breve. Se afirmaba por doquier que Iraq no podría soportar un castigo como éste por más de una semana, pese a que tanto en Washington como en las ruedas de prensa de Dahrán, principal base de las fuerzas multinacionales, se aconsejaba mesura y se decía textualmente: *La guerra será larga.*

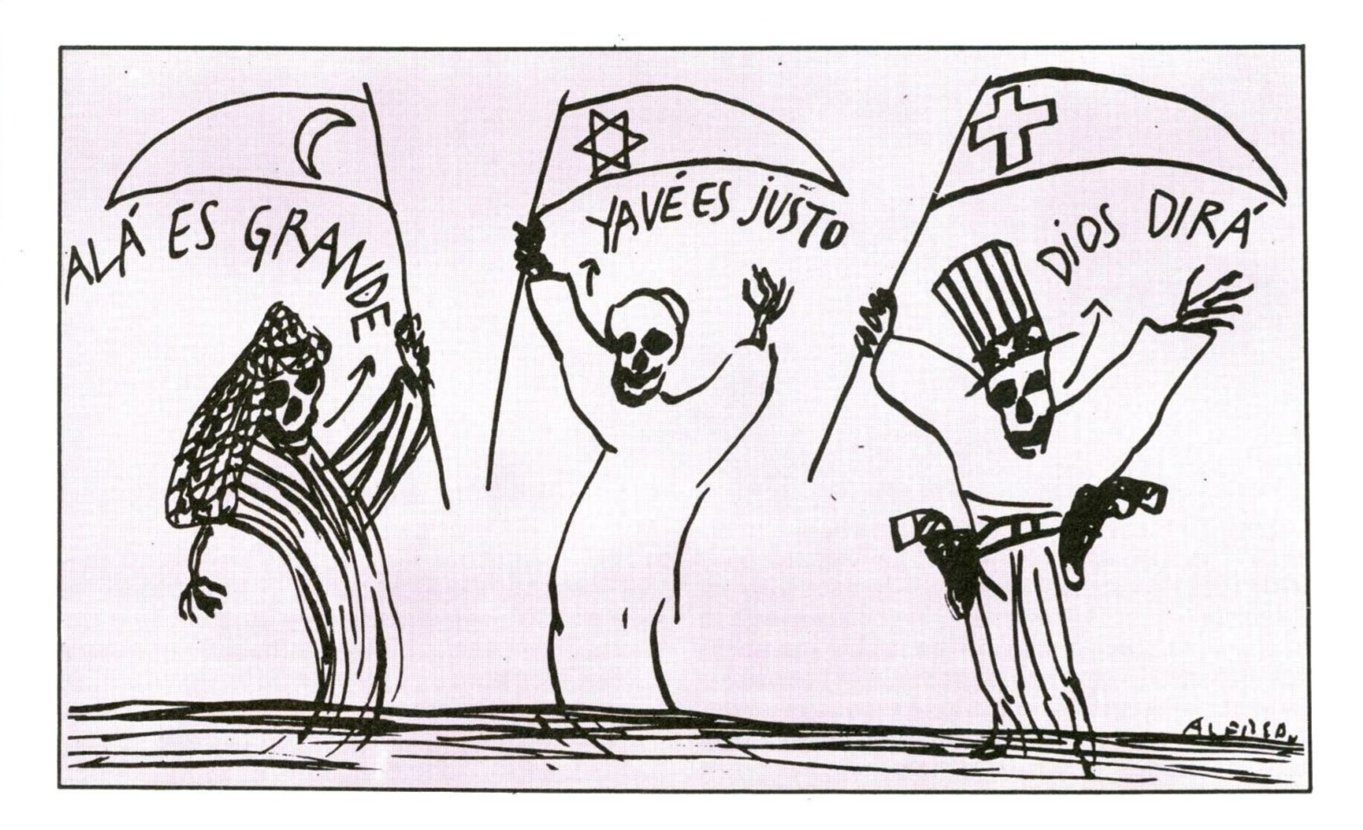
Los días de los «Scud»

En efecto, Iraq, que mostraba su impotencia militar ante el huracán aéreo desplegado por Schwarzkopf, tenía algunas bazas políticas que jugar. Cuando se cerraba el segundo día de bombardeos y los portavoces militares norteamericanos asombraban al mundo con la precisión de los impactos de sus bombas *inteligentes* —la guerra se tornaba un ejercito electrónico consistente en eliminar *marcianitos* en una máquina tragaperras—, saltó al aire la intranquilizadora noticia de que siete misiles *Scud* acababan de alcanzar Israel.

Escasos fueron los daños y pocas las víctimas —dos ancianos muertos: uno a causa de un infarto y el otro por mal uso de la máscara antigás— pero la conmoción mundial resultó enorme. Era evidente que Iraq quería provocar a Israel e implicarle en la contienda para poder involucrar en el conflicto a todo el mundo árabe; más aún, a todo el mundo islámico. Bagdad tenía claro que la entrada de Israel en la guerra actuaría como revulsivo, agrietando la coalición y complicando a muchos países que hasta aquel momento sólo mostraban un ligero apoyo moral a la causa de Sadam Husein.

Afortunadamente para el bando multinacional, junto al protagonismo de los *Scud* se alzó el antagonismo de los *Patriot,* los misiles antimisiles o antiaéreos. Esa misma noche, dos *Scud* lanzados contra Arabia Saudita fueron desintegrados en el aire por sendos *Patriot.* Washington pudo aplacar fácilmente a Israel enviándole numerosas baterías de este tipo de misiles, operadas por personal norteamericano. Era la primera vez que miembros de las fuerzas armadas de los EE.UU. participaban en la defensa del Estado sionista.

A partir de ese momento, tres docenas de *Scud* caerían sobre territorio judío. La mayoría fue interceptada por los *Patriot,* otros se precipitaron sobre el mar o sobre el desierto, y el resto causó media docena de muertos y cuarenta heridos. Directamente, los efectos militares de la cohetería iraquí tuvieron nulos resultados. Israel pudo contemplar con cara de angustia y secreto regocijo cómo la fuerza multinacional pulverizaba Iraq, mientras recogía el fruto de su paciencia: baterías de cohetes *Patriot,* ayudas económicas y el reconocimiento internacional por no enturbiar más el panorama. Pero, indirectamente, los *Scud* jugaron un notable papel militar. Los aliados desplegaron una febril actividad para destruir las rampas fijas y, sobre todo, las móviles. *Es como buscar una aguja en un pajar* —decían los mandos aliados—, *pueden ser transportados en un camión lanzador o camuflados como el minarete*



Chiste de Alfredo en vísperas del comienzo de los bombardeos (Diario 16, *16-1-91*)

de una mezquita. Más de mil misiones aéreas se dedicaron a rastrear y destruir un centenar de lanzaderas, que actuaron, después de todo, hasta el final de la guerra.

La primera semana de ofensiva aérea se cerraba con el balance de unas 15.000 misiones de bombardeo, caza y reconocimiento. Cerca de 50.000 toneladas de bombas habían caído sobre los principales objetivos señalados por los planos de las fuerzas aliadas. Las conclusiones eran contradictorias y, en general, menos optimistas que en las primeras horas:

— Pese a su precisión, los bombardeos debían reiterarse, pues los iraquíes se mostraban incansables en sus reparaciones de pistas, aeropuertos y vías de comunicación.

— Quedaba claro que los bombardeos deberían ser más numerosos de lo previsto, ya que muchos de los blancos eran muy resistentes y debieron ser atacados desde los buques con misiles de crucero *Tomahawk*, y otros muchos eran señuelos.

— El mal tiempo impedía efectuar todas las misiones programadas y descendía la precisión de las *bombas tontas*.

— La buena noticia para las fuerzas interaliadas era que las defensas iraquíes resultaban casi ineficaces y las pérdidas aéreas eran soportables: 18 aparatos, lo que suponía 1,2 derribos por cada mil misiones.

En resumen, las ruedas de prensa de los altos jefes aliados terminaban siempre de la misma manera: todo va bien, pero se necesitan más bombardeos. Los enviados especiales empezaron a perder su optimismo inicial: lo que se había pronosticado como la primera guerra televisada en directo, se había convertido en un conflicto sin imágenes y con escasas noticias. Pero el mundo entero pudo ver en televisión a los pilotos capturados por los iraquíes tras saltar de sus aviones. Rostros trágicos, agotados, tumefactos, heridos por golpes no definidos, y declaraciones en contra de la guerra y de la postura de sus respectivos gobiernos. Bagdad se saltaba los convenios de Ginebra sobre los prisioneros de guerra y amenazaba con situarles en los posibles objetivos de la aviación aliada, empleándolos como escudos humanos, amenaza que, al parecer, no cumplió.

En esa primera semana se produjo un nuevo peligro de ampliación del conflicto. Los EE.UU. comenzaron a bombardear Iraq desde sus bases en el sur de Turquía. Bagdad quiso intimidar al gobierno de Ankara asegurando que tomaría represalias, a lo que el presidente turco Turgut Ozal respondió con importantes concentraciones de tropas en la frontera. Parecía que los turcos esperaban una provocación para invadir Iraq desde el norte, lo que quizá les hubiera dado algunas bazas para recuperar la región petrolífera de Kirkuk-Mosul, que perdieron en la desmembración de su imperio al final de la Primera Guerra Mundial. A raíz de esta situación se debatió en la OTAN la conducta a seguir en el caso de que Turquía fuese atacada.

Terrorismo ecológico

La segunda semana de bombardeos se abría con una de las noticias más temidas de la guerra: el empleo de petróleo para causar un desastre ecológico. En una semana los iraquíes lanzaron al Golfo Pérsico 11 millones de barriles de crudo,









Tira cómica de Peridis el último día de lucha (El País, *28-2-91*).

(informaciones recientes rebajan la cifra a la mitad o, incluso, a la tercera parte), originando la mayor *marea negra* de la historia. Un cormorán cubierto de petróleo fue el protagonista televisivo durante medio mes. Llegó a los hogares del mundo entero como una de las imágenes más patéticas de la guerra. Según se ha sabido después, estas secuencias pertenecían a otra marea negra y a otra guerra, la de Iraq-Irán, lo que no significa que en esta ocasión dejara de ocurrir lo mismo. La aviación aliada logró impedir que continuaran los vertidos, cegando con sus bombas las conducciones que llevaban el crudo hasta el mar.

El 28 de enero, el presidente Sadam Husein concedía una entrevista al más famoso reportero de esta guerra, Peter Arnett, que estuvo en Bagdad durante todo el conflicto sirviendo sus imágenes a los abonados a la cadena de televisión norteamericana CNN. Fueron 90 minutos insoportables, cortados frecuentemente por los fallos en el fluido eléctrico a causa de los bombardeos aliados. Confirmó que suyas eran las órdenes de verter petróleo en el Golfo. Reiteró sus terribles amenazas: los soldados aliados se ahogarían en su propia sangre cuando se iniciase *la madre de las batallas* al sur de Kuwait; emplearía todo tipo de armas, dejando entrever, incluso, que disponía de armamento nuclear. Invocó una y otra vez la religión, como si esperase dos milagros: el levantamiento de todo el mundo árabe contra los invasores, y la destrucción de los ejércitos coaligados por la acción divina.

Aunque la entrevista sólo denotaba que el dictador iraquí no podía controlar ni su propia capital, que estaba agotado y que sus esperanzas se apoyaban en quiméricas armas secretas, logró un notable impacto publicitario y muchos le creyeron. Sadam también obtuvo una victoria moral con la dimisión del ministro francés de Defensa, Jean-Pierre Chevenement, su amigo personal y fundador de la asociación de amistad frando-iraquí. Otra dimisión negativa para los aliados fue la del almirante en jefe de las fuerzas navales italianas destinadas en el Golfo.

Iraq remataba sus triunfos de la segunda semana de lucha con un sorprendente ataque contra la localidad saudita de Jafyi, próxima a la frontera y abandonada por sus habitantes. La columna fue rechazada y, en parte, destruida o capturada en 24 horas, pero Sadam se apuntó un tanto propagandístico. La fuerza multinacional tenía demasiados huecos y no parecía tan temible. Eso animó al ejército iraquí a intentar un ataque de mayor envergadura, empleando unos 800 vehículos blindados. Nunca llegaron al frente. Descubiertos y atacados desde el aire, fueron dispersados y diezmados. El mando aliado estimó sus pérdidas en más de cien tanques y muchos transportes. Estas serían las únicas iniciativas militares iraquíes en las seis semanas de guerra.

Bagdad parecía dejar su suerte en manos de los países islámicos, que, efectivamente, programaron manifestaciones en Marruecos, Argelia, Libia, Túnez, Jordania e,incluso, Irán y Pakistán. Pero todo aquel griterío no era más que fuegos de artificio, que ofrecían a Iraq una fatua esperanza. También confiaban en los pacifistas eupeos y americanos, y se ilusionaban esperanzados cuando en Madrid, París o Washington diez mil personas pedían el cese de la guerra.

Lo malo para Iraq fue que los bombardeos seguían su curso y las destrucciones eran cada vez mayores y más difíciles de solucionar. Bagdad carecía de agua y, durante muchas horas, de luz eléctrica. Los *bunkers* que protegían su aviación estaban siendo descubiertos y destruidos poco a poco. Las pérdidas aéreas de los aliados disminuían: 11 aparatos en la segunda semana.

El 26 de enero ocurría uno de los hechos más misteriosos de esta guerra: varios aviones iraquíes se refugiaban en Irán... Extraña conducta que se mantendría en los días siguientes, alcanzando la cifra de 147 aparatos. Se especuló con tres hipótesis:

a) Los pilotos iraquíes, sin posibilidad alguna de enfrentarse en igualdad de condiciones a los aliados, huían tocados o evitando la confrontación. b) Los aviadores de Iraq desertaban a causa de las ejecuciones de los jefes del arma aérea y antiaérea, acusados de cobardía por Sadam Husein (noticia procedente de Moscú, sin confirmar todavía). c) El presidente iraquí, al ver desmoronarse los *bunkers* que protegían sus aviones y convencido de la ineluctabilidad de la derrota, envió a Irán lo más granado de su fuerza aérea, esperando poder recuperarla cuando cesasen las hostilidades. Quince días después del final de la guerra aún no se sabía cuál de las hipótesis era la acertada, o si las tres eran válidas.

El retorno de los viejos colosos

La primera quincena de febrero se distinguió, desde el punto de vista militar, por el regreso de los viejos colosos: las superfortalezas volantes *B-52* y los acorazados *Wisconsin* y *Missouri*, en servicio desde 1955 y 1944-45 respectivamente, aunque muy modernizados.

Los primeros, capaces de alcanzar objetivos situados a más de 8.000 kilómetros y cargados con 18 ó 20 toneladas de bombas, realizaron en las seis semanas de guerra unas 5.000 misiones, consistentes sobre todo en *bombardeos alfombra* (60 bombas de 300 kilos en cada viaje). Los segundos se encargaron de eliminar las defensas costeras iraquíes con sus cañones de 125 y de 406 mm y aplastar sus comunicaciones, amenazar la retaguardia y atacar objetivos importantes muy lejanos, con sus misiles *Tomahawk*.

Los veteranos bombarderos se emplearon fundamentalmente sobre las concentraciones de la Guardia Republicana entre Basora y la frontera de Kuwait, y contra las líneas fortificadas iraquíes en el sur del emirato. Los venerables acorazados constituyeron una pesadilla táctica para el mando iraquí, que siempre temió un ataque anfibio aliado bajo la protección del formidable paraguas artillero del *Wisconsin* y del *Missouri*.

En esa quincena Bagdad jugó su última carta, que, como las anteriores, resultó más psicológica que real. Su emisora de radio, único medio que le quedaba para comunicarse con el mundo exterior, comenzó a emitir mensajes en clave destinados, al parecer, a grupos terroristas esparcidos por el mundo. La noticia apenas ocupó unas líneas en la prensa. Hubo varios atentados contra intereses económicos, especialmente norteamericanos, un muerto y algunos heridos. No supuso más.

Al concluir la primera mitad de febrero los aliados habían realizado cerca de 60.000 misiones aéreas, arrojando sobre Iraq alrededor de 200.000 toneladas de bombas. La paralización era casi absoluta en todo el país. No funcionaban las comunicaciones ni la electricidad, el tráfico hacia el sur era imposible, ya que todos los grandes puentes habían sido destruidos y las carreteras estaban cortadas por los embudos de las bombas. La pequeña marina iraquí había desaparecido, tragada por las aguas, o había corrido a refugiarse a Irán. Los aviones no volaban siquiera para intentar huir. Se suponía que las tropas iraquíes situadas en la frontera de Kuwait con Arabia Saudita estaban bajo estricto racionamiento de agua, comida y municiones. El mando aliado informaba que, según sus datos, habían destruido un tercio del poderío blindado y artillero de Iraq.

En esos primeros quince días, esta guerra sin imágenes y casi sin noticias semejaba un ejercicio sobre el papel. El diluvio de bombas lanzado por la fueza multinacional parecía haber sido engullido por el cemento o el desierto, sin causar bajas. Voces autorizadas se levantaban en Alemania aventurando cantidades escalofriantes de víctimas: se hablaba de más de 300.000. Era excesivo, hubiese sido imposible ocultar tanto muerto, pero la Cruz Roja, componiendo su *puzzle* con datos fragmentarios, comenzó a hablar de 20.000 ó 25.000 bajas civiles, entre muertos y heridos. El 13 de febrero se comprobó que esas cifras podían ser ciertas o incluso peores: dos *bombas inteligentes* alcanzaron un refugio de Bagdad, causando más de 300 víctimas civiles. Todavía se discute si era un edificio militar, como afirman los norteamericanos, o civil, como aseguran los iraquíes, o si era una cosa por el día y otra por la noche... Tanto da. Lo milagroso es que los muertos no se contasen por millares tras semejante bombardeo, por muy *inteligentes* que sean las bombas actuales. Iraq tampoco tenía derecho a clamar contra el terrorismo aliado: noche tras noche sus *Scud* seguían viajando hacia Tel Aviv, Dahren, Riad, Bahráin o Qatar, con el único propósito de aterrorizar a la población civil, ya que su precisión es escasa y sólo pueden tener cierta efectividad lanzados sobre grandes poblaciones.

El comienzo de las operaciones terrestres se suponía inminente. Los días 8 y 9 de febrero el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Richard Cheney, y el jefe del Estado Mayor, Colin Powell, estuvieron en la base aliada de Dahrán —Arabia Saudita—, estudiando la situación con el general Schwarzkopf para informar al presidente Bush, último responsable del inicio de este ataque. A su regreso a los EE.UU. no desvelaron nada: *Los bombarderos van a continuar durante un mes o seis meses, o quizá un año, o puede que indefinidamente... Nos ha sorprendido la capacidad de recuperación del ejército iraquí.* Pocos días después se demostraría que sólo fingían creer en los espectros agitados por Sadam Husein.

En la primera mitad de febrero se produjeron

también las dos últimas mediaciones para evitar el choque de infantería y blindados. La primera fue promovida por Irán. No tuvo éxito: ni Bagdad estaba dispuesto a irse de Kuwait, ni los Estados Unidos a aceptar una retirada con condiciones. Más importante fue la mediación de Gorbachov, que durante una semana mantendría en vilo a la opinión pública internacional con las idas y venidas entre Bagdad, Moscú y Washington. Sadam comenzó ofreciendo la retirada si los israelíes salían del Golán, Cisjordania y Gaza, y los sirios abandonaban el Líbano. Bush respondió que era inadmisible, y continuaron los bombardeos.

El día 18, Moscú exponía el plan de paz negociado con Tarek Aziz. Se hablaba de retirada incondicional de Kuwait, pero luego se ponían ocho condiciones: tres semanas para abandonar el emirato, anulación de las resoluciones del Consejo de Seguridad, renuncia a cualquier responsabilidad económica o jurídica de Iraq y sus líderes, respeto por el gobierno de Sadam Husein...

Italia se precipitó a apoyar esta propuesta, igual que los países árabes que hasta entonces se habían mantenido neutrales o simpatizaban con Iraq. Washington se vio en un compromiso. El plan era inaceptable porque permitía que los iraquíes efectuasen una retirada semivictoriosa, dejaba su ejército casi intacto y presto para nuevas aventuras y lavaba sus responsabilidades en la tragedia. A la vez, era muy violento desairar a Gorbachov y enfrentarse con algunos aliados que, como Italia, habían apoyado el proyecto.

El día 20, Bagdad respondió que aceptaba el plan soviético. Washington replicó que era insuficiente. Exigía el cumplimiento escrupuloso de todas y cada una de las resoluciones del Consejo de Seguridad. Moscú presionaba y exponía la aceptación de Bagdad. El viernes 22, a las cinco de la tarde, el presidente Bush compareció ante la prensa para declarar que sólo era aceptable la retirada incondicional y en una semana; la capital de Kuwait debería quedar desocupada en 48 horas, y los prisioneros de guerra aliados, entregados en el momento de la firma del acuerdo. Bush concedió 24 horas a Sadam Husein para aceptar la oferta, de lo contrario ordenaría el inicio de la ofensiva terrestre.

Ofensiva final

Las primeras horas de la tarde del sábado 23 de febrero transcurrieron en tensión, esperando que Bagdad diera alguna señal de retirada. Pero no se produjo. A las cinco de la tarde se cumplió el plazo. Sólo quedaba esperar el momento elegido por Schwarkopf para desplegar su ofensiva, que evidentemente estaba muy próxima. Los ataques aéreos no se habían interrumpido ni un solo día, totalizando en esa fecha unas 89.000 misiones a lo largo de cinco semanas en las que se habían arrojado sobre Iraq y su Ejército estacionado en Kuwait cerca de 300.000 toneladas de bombas. El Pentágono suponía que el 50 por 100 del armamento iraquí estaba fuera de combate.

A las dos horas de la madrugada del 24 de febrero, hora española, cuatro de la mañana en el escenario de la batalla, comenzó el ataque. Mientras la infantería de marina amagaba un desembarco, con una gran concentración de fuego de la escuadra sobre las posiciones iraquíes situadas al norte y sur de la capital, las divisiones de marines I y II, apoyadas por la IV Brigada Acorazada británica, rompían el frente en Al Wafra, cerca de la costa. Simultáneamente, más al oeste, las tropas kuwaitíes, sauditas, egipcias, sirias y omaníes abrieron brecha en dirección a Al Jahra.

Las rupturas se sucedieron con suma facilidad. Los zapadores abrieron rápidamente pasillos en los campos de minas, casi sin que nadie les molestara. Las unidades blindadas y acorazadas avanzaban sin encontrar apenas obstáculos. Los temidos carros de combate y cañones iraquíes opusieron escasa resistencia, habían sido destruidos, carecían de munición o fueron abandonados por sus dotaciones... La infantería, compuesta por miserables grupos de soldados sucios, hambrientos, heridos, desmoralizados, abandonados por sus jefes y oficiales, se rendía sin apenas resistencia.

En el vértice de las fronteras iraquí, saudita y kuwatí, se producía el ataque más importante, destinado a embolsar a los ejércitos iraquíes de ocupación y a enfrentarse con la ponderada Guardia Republicana. Lo formaba el VII Cuerpo de Ejército de Estados Unidos y la VII Brigada Acorazada británica, las famosas *ratas del desierto*.

Penetraron a toda velocidad por encima de la frontera entre Kuwait e Iraq, desafiando el peligro de ataque por su flanco izquierdo del VII Ejército iraquí. Pero éste ya tenía bastante con ocultarse de los incesantes ataques de la aviación y de los helicópteros, mientras intentaba evitar el embolsamiento, ya que las fuerzas multinacionales tenían otra columna avanzando aún más hacia el oeste.

En efecto, por allí progresaba la agrupación francesa *Daguet* (VI División blindada ligera, más un regimiento de la Legión Extranjera), apoyada por un regimiento norteamericano de caballería. veinticinco horas después de iniciar su marcha alcanzaban las afueras de Nasiriya, a orillas del Eufrates, tras recorrer 160 kilómetros impidiendo la retirada de las fuerzas iraquíes hacia Bagdad. Simultáneamente, la CI División helitransportada iniciaba la mayor operación en la historia de esta joven arma. En 36 horas, sus 300 helicópteros *Chinook* de transporte establecieron la base *Cobra,* un gran centro de abastecimiento para la agrupación Daguet y el VII Cuerpo de Ejército de EE.UU, casi cien kilómetros dentro de Iraq. Las tropas helitransportadas protegían esta base y cerraban la bolsa aliada por el norte.

Las operaciones continuaron con suma facilidad durante el segundo día. Norteamericanos y británicos (VII Cuerpo de Ejército y VII Brigada)

JUAN BALLESTA



Una de las barbaridades más gratuitas e inútiles que se cometieron en la guerra del Golfo: la contaminación del mar con millones de barriles de crudo (Juan Ballesta en Cambio 16)

pulverizaron la división *Tawalkalna*, una de las más famosas de la Guardia iraquí. Esa fuerza aliada se escindía en dos alas: una prosiguió su avance en dirección al Eufrates, para lograr el embolsamiento, y la otra giró hacia el interior de Kuwait, apuntando directamente a la capital. Cerca de ésta eran lanzados los paracaidistas de la LXXXII División, *Airborne*, tratando de copar a las fuerzas iraquíes que, a toda prisa, abandonaban Kuwait City, dejando atrás todo su equipo pesado y un reguero de destrucción. Las fuerzas aliadas árabes alcanzaban Al Jahra y los angloamericanos, que avanzaban por la costa, llegaban por el sur a los arrabales de la capital. Al concluir ese día, los aliados habían capturado a cerca de 20.000 iraquíes.

Esa noche, sin embargo, padecieron los norteamericanos el mayor revés de la contienda. Un *Scud* cayó sobre un barracón militar, causando 28 muertos y docenas de heridos, lo que suponía más víctimas que en toda la batalla terrestre.

Al tercer día las primeras tropas kuwaitíes penetraban en la capital. Las fuerzas aliadas cerraban totalmente el cerco al sur de Basora. Los prisioneros eran tantos —por entonces más de 30.000— que los soldados aliados permitían el paso hacia el norte de los soldados iraquíes previamente desarmados. El cuarto día se cierra más aún la bolsa contra las marismas de Basora, donde dos divisiones de la Guardia quedaron pulverizadas en su empeño por proteger la retirada de otras tres, que llegaron a Basora muy desorganizadas y reducidas por los incesantes ataques de los aviones cazatanques *A-10* y de los helicópteros *Apache* y *Cobra*. Ese día las informaciones aliadas hablaban de más de 60.000 prisioneros.

En el frente diplomático, la URSS presionaba dentro del Consejo de Seguridad para que cesase el fuego, opiniéndose los aliados y exigiendo que Iraq aceptase todas las resoluciones. Saddam Husein fue incapaz de dar ese paso, pero el presidente Bush, informado de que los ejércitos aliados habían cubierto todos sus objetivos, ahorró a los iraquíes la prolongación del castigo. A las dos de la madrugada del 28 de febrero anunció:

Kuwait ha sido liberado. El ejército de Iraq ha sido derrotado y nuestros objetivos se han cumplido. Después de consultar con el secretario de Defensa, Dick Cheney, y con el jefe del Estado Mayor conjunto, general Colin Powell, así como con nuestros socios en la coalición, me complace anunciar que las fuerzas de Estados Unidos y de la coalición suspenderán todas las operaciones ofensivas de combate a partir de la medianoche (hora de Washington, seis de la mañana hora peninsular española), *exactamente 100 horas después del comienzo de la ofensiva terrestre.*

Luego conminó a Iraq para que cumpliera todas las resoluciones del Consejo de Seguridad y para que no promoviera incidentes con las fuerzas multinacionales... *Esta guerra ya ha quedado atrás,*

concluyó. Nacía una nueva realidad. El domingo 3 de marzo, en una tienda de campaña levantada en la localidad de Safwan (al sur de Basora), rodeada por centenares de tanques, se reunían los generales aliados Norman Schwarzkopf y Jaled Ben Sultán con la delegación enviada por Bagdad (dos generales: el jefe del III Cuerpo de Ejército y el número tres del Ministerio de Defensa). Aceptaron el cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad, la inmediata libertad de los prisioneros de guerra y la entrega de los planos con la ubicación de los campos minados.

La guerra terminaba oficialmente el 3 de abril, ocho meses después de su inicio. En esa fecha, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó la resolución 687 que concluía oficialmente la contienda del Golfo. Pero en ese mes de plazo las armas no habían callado ni un momento y la muerte se había cobrado tantas víctimas como en las semanas anteriores.

La guerra civil

Iraq vivía inmerso en una terrible guerra civil: en el sur, la población de credo chiíta se sublevó contra Bagdad. Al levantamiento se unieron algunas tropas desorganizadas de la zona de Basora. Saddam Husein lanzó contra ellos los restos de su ejército, incluidas las guarniciones situadas en las fronteras con Turquía e Irán. Logró sofocar la rebelión, incrementando aún más las enormes destrucciones en la zona, causando millares de muertos y un éxodo que algunas fuentes elevan a medio millón de personas hacia Irán, al este, y hacia la zona ocupada por los norteamericanos, en la frontera Iraq-Kuwait.

Simultáneamente, en el norte se sublevan los kurdos. Esta inquieta etnia, el mayor pueblo sin patria de los que habitan la tierra, ya había padecido las persecuciones y el genocidio de Saddam Husein. La derrota del ejército iraquí en Kuwait y la guerra civil en el sur de Iraq les proporcionaba la posibilidad de una victoria. Pero no fue así. La resistencia chiíta terminó pronto en el sur y Bagdad pudo volver su ejército —magníficamente preparado para la represión interior— contra los kurdos, cuyos guerrilleros adiestrados para la lucha son pocos y escasamente eficaces lejos de sus montañas. No fue difícil expulsarles de las ciudades ocupadas.

El resultado de este combate desigual era previsible desde el principio, sobre todo cuando Saddam Husein empleó sus aviones y helicópteros. Este material bélico estaba vedado a los iraquíes por los acuerdos de alto el fuego firmados en Safwan, lo que se confirmó cuando los F-15 norteamericanos derribaron dos aviones iraquíes que osaron remontar el vuelo. Pero, seguidamente, los Estados Unidos se inhibieron ante las intensas operaciones aéreas desplegadas por los iraquíes contra los kurdos... Estaba claro que, primero, Washington ponía a Bagdad en su sitio, el del derrotado, y a continuación cerraba los ojos ante sus acciones contra los *peshmergas*. Era evidente que Bush no iba a permitir la división de Iraq.

Tal división hubiera originado un doble peligro. Por un lado, minimizaría la fortaleza de Iraq y lo expondría a una nueva escisión chiíta en el sur, creando un foco de permanente inestabilidad en una región sumamente sensible. Estados Unidos y el mundo desarrollado, en general, desean un Iraq fuerte, rico y estable, sin veleidades expansionistas, fiel gendarme de los intereses petroleros de todo el mundo y, si fuera posible, sin Saddam Husein.

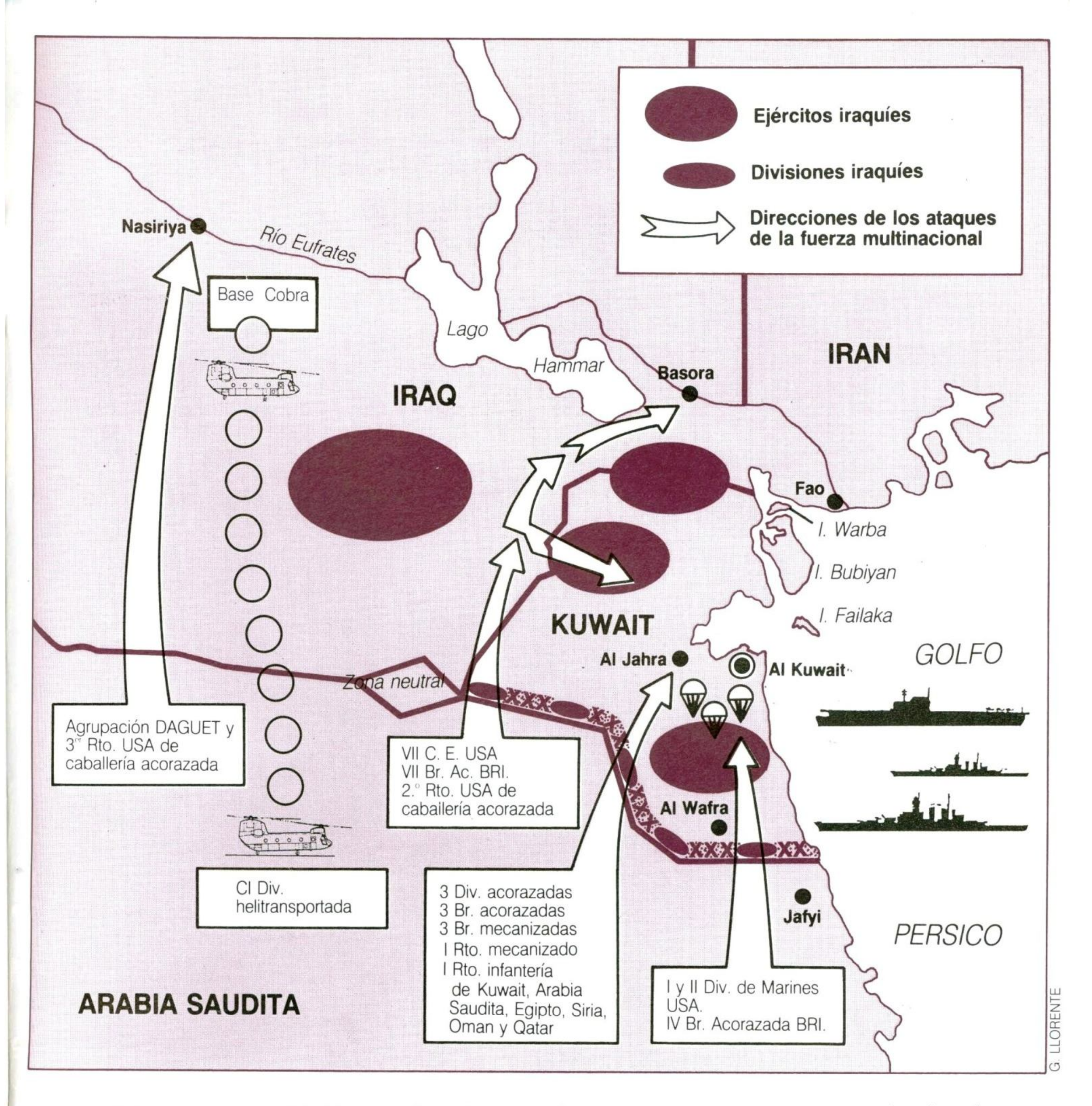
El segundo peligro lo constituyen los kurdos, aunque resulte irónico considerar un peligro a uno de los pueblos más desdichados del planeta, perseguido, masacrado, desangrado por los caminos del exilio, dividido entre cinco países... Pero supondrían una amenaza si lograran establecerse en una patria propia e independiente: los kurdos de Turquía, de Irán, de Siria y de la Unión Soviética tocarían a rebato, levantarían sus banderas independentistas y multiplicarían el volumen del conflicto.

Para tomar conciencia de la envergadura del asunto deben apuntarse dos datos poco conocidos: las fronteras imprecisas del Kurdistán encerrarían un territorio de unos 200.000 kilómetros cuadrados y una población que, según diversas fuentes, oscilaría entre los 25 y los 30 millones de habitantes; el doble que Iraq y casi tanto como Turquía o Irán —descontando en cada uno sus habitantes kurdos, naturalmente.

Los kurdos fueron expulsados de las ciudades. Sus guerrilleros volvieron a las montañas, mientras la mitad de la población civil, más de tres millones de personas, inició una dantesca huida hacia Irán y Turquía, atravesando montañas cubiertas de nieve. El hambre, el frío y el agotamiento diezmaron sus filas. Cuando alcanzaron las fronteras salvadoras se encontraron con la precaria situación iraní y con la frontera turca cerrada, que sólo se abrió cuando la comunidad internacional garantizó su ayuda.

La tragedia ha sacudido Occidente, poniéndolo ante sus más recientes contradicciones: ¿cómo se pudo vender que la Guerra del Golfo defendía el derecho internacional y ahora se permite el genocidio de un pueblo más numeroso que el kuwaití? ¿Cómo pudo el presidente de los Estados Unidos, George Bush, animar esa insurrección antes de que terminara la guerra y ahora contemplar impasible la destrucción de los sublevados?

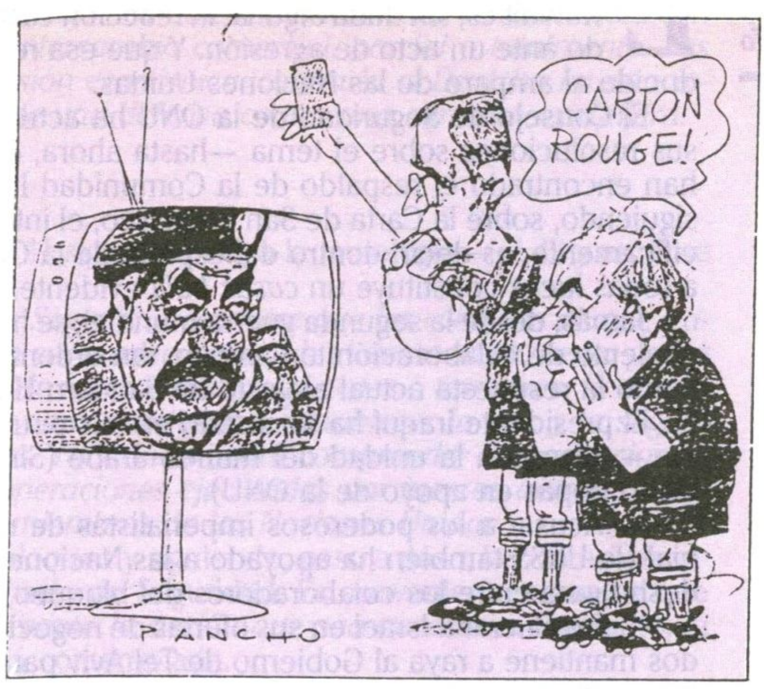
El día 8 de abril, la Comunidad Económica Europea decidió conceder una ayuda de 20.000 millones de pesetas y pidió la creación de un enclave kurdo al norte de Iraq. Washington se unió a la iniciativa precisando un poco más el espacio geográfico: una zona neutral ante la frontera turca, en el norte iraquí. Esta es una medida más matizada y realista. Establecer un enclave era una idea bienintencionada para los kurdos, pero no practicable en la situación actual. ¿Podrían patrocinar también un enclave kurdo en la URSS, en Turquía, en Irán o en Siria, si se sublevaban estas minorías? La zona



neutral propuesta por Washington, sin embargo, encajaba con la situación de país derrotado en que se encontraba Iraq: si se le podía imponer una zona neutral en el sur, también se le podía obligar a ceder temporalmente una franja neutral en el norte, sobre la que establecer un inmenso campamento de refugiados, mientras remitía la tempestad.

Fuerzas multinacionales (norteamericanas, británicas, francesas y españolas) comenzaron a instalar los campamentos, alejando a soldados y policías iraquíes. La ayuda internacional comenzó a llegar en cantidades importantes, pero la mejor noticia para los kurdos fue el acuerdo entre sus líderes y las autoridades de Bagdad para establecer una autonomía kurda dentro de Iraq, asunto que ya se había pactado en los años setenta y que Saddam Husein había convertido en papel mojado. Los kurdos comenzaron a regresar a sus abandonados hogares a finales de abril.

Entonces sí que parecía haber concluido la guerra, pero quedaban profundísimas secuelas. Más de 200.000 muertos y una destrucción que ha puesto a Iraq en niveles preindustriales. En Kuwait, un feroz odio ha marginado a los palestinos, también ellos víctimas inocentes de las andanzas de Saddam; el emirato no volverá a recuperar su producción petrolífera hasta dentro de un año o más: centenares de pozos ardiendo contaminan la atmósfera desde el mes de febrero, testimoniando la vesanía del líder iraquí, quien se mantiene en el poder contra todo pronóstico: hasta ahora su pueblo no ha podido derrocarle y para las potencias occidentales, una vez derrotado, se ha convertido en el mal menor, que permite mantener unido Iraq...



Tarjeta roja (por Pancho, Le Monde, *4 de septiembre de 1990)*

La guerra del Golfo

Textos

CUADERNOS historia 16

Las Naciones Unidas y el conflicto del Golfo

LA parte positiva del conflicto surgido con la invasión iraquí de Kuwait es, sin duda alguna, la reacción casi unánime del mundo ante un acto de agresión. Y que esa reacción se haya producido al amparo de las Naciones Unidas.

El Consejo de Seguridad de la ONU ha actuado con celeridad y sus resoluciones sobre el tema —hasta ahora, de la 660 a la 670— han encontrado el respaldo de la Comunidad Internacional que va siguiendo, sobre la Carta de San Francisco, el intento de resolver pacíficamente, es decir, dentro del espíritu de la Organización, lo que a todas luces constituye un *casus belli* evidente.

Jamás, desde la segunda guerra mundial, se ha producido un movimiento de colaboración tan amplio, tan ordenado y tan coherente como la respuesta actual al gesto de Saddam Husein.

El presidente iraquí ha fracasado en sus piruetas sucesivas:

— Llamar a la unidad del mundo árabe (Siria y Egipto han enviado tropas en apoyo de la ONU).

— Acusar a los poderosos imperialistas de un ataque neocolonial (la URSS también ha apoyado a las Naciones Unidas, y Bangladesh figura entre los colaboradores del bloqueo).

— Involucrar a Israel en sus ofertas de negociación (Estados Unidos mantiene a raya al Gobierno de Tel Aviv para evitar que Husein tenga un solo punto de razón).

Al primer paso de Estados Unidos han seguido los de Francia, Reino Unido, Canadá, Australia, Bélgica, Egipto, Siria, Holanda, España, Bangladesh, Argentina... La URSS no ha puesto reparo alguno a la acción *con tal de que se desarrolle bajo el control de la ONU* y la República Federal de Alemania y Japón —cuyas respectivas Constituciones les impiden el envío de su Ejército fuera del territorio nacional— están estudiando la modificación de sus Cartas Fundamentales para futuras situaciones internacionales. De momento colaborarán con su dinero y su tecnología.

Los matices

Se acusó, en su día, a la ONU de la falta de fuerza coactiva para aplicar las Resoluciones del Consejo de Seguridad. La acusación no es del todo fundada si se lee, como ahora se está haciendo, con todo detenimiento, el Capítulo VII, que lleva por título *Acción en caso de amenazas a la paz, quebrantamientos de la paz o actos de agresión.*

Lo que ocurría, y ya queda dicho, es que la ONU se encontraba anquilosada por los enfrentamientos directos de los dos Grandes y, en consecuencia, el uso que ellos hacían —muchas veces gratuito— del veto.

Pero ahora, las circunstancias han cambiado. Ha caído el muro de Berlín, la URSS estudia su paso a la economía libre de mercado y la cumbre de Gorbachov y Bush en Helsinki, precisamente para intercambiar opiniones sobre la cuestión del Golfo Pérsico, anuncia un *Nuevo Orden Mundial* bajo el auspicio de la ONU.

Ahora se puede aplicar, con todo rigor, el artículo 41 de la Carta (dentro del Capítulo VII citado):

El Consejo de Seguridad podrá decidir qué medidas que no impliquen el uso de la fuerza armada han de emplearse para hacer efectivas sus decisiones, y podrá instar a los miembros de las Naciones Unidas a que apliquen dichas medidas, que podrán comprender la interrupción total o parcial de las relaciones económicas y de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, radioleléctricas, y otros medios de comunicación, así como la ruptura de relaciones diplomáticas.

Nos encontramos ante el *embargo* que, en términos de relaciones internacionales, *significa boicot económico..., se manifiesta con la prohibición del intercambio comercial, parcial o totalmente... es una forma de agresión económica, contraria al Derecho Internacional, si no se trata de una defensa contra una agresión extranjera.*

El bloqueo

Pero al artículo 41 sigue —y valga la tautología— el 42 y en él se dice:

Si el Consejo de Seguridad estimare que las medidas de que trata el art. 41 pueden ser inadecuadas o han demostrado serlo, podrá ejercer, por medio de fuerzas aéreas, navales o terrestres, la acción que sea necesaria para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales. Tal acción podrá comprender demostraciones, bloqueos y otras operaciones ejecutadas por fuerzas aéreas, navales o terrestres de miembros de las Naciones Unidas.

Estamos en el *bloqueo* y siguiendo, paso a paso, las sucesivas resoluciones del Consejo de Seguridad. Es conveniente subrayar que el texto dice claramente *la acción que sea necesaria.* Por tanto, la bélica también está contemplada.

Una lectura más amplia de la Carta lleva, en el art. 43, a la obligación que tienen los miembros de colaborar con los medios aéreos, navales o terrestres que el Consejo solicite y, también, al derecho de paso que fuera preciso.

De modo que pensar, como se ha hecho en España, que nos vemos involucrados en el conflicto por nuestra pertenencia a la OTAN o a la UEO, carece de razón. Lo estamos desde nuestro ingreso en las Naciones Unidas en diciembre de 1955. Y todas las decisiones que, en este conflicto de Iraq-Kuwait, han tomado la Organización Atlántica o su versión estrictamente europea que es la UEO, no son sino perfeccionamientos de la resolución adoptada por el Consejo de Seguridad.

Resulta aleccionador recoger el punto 4 de la Declaración sobre Derecho Marítimo firmada el 16 de abril de 1856 por los signatarios del Tratado de París, que puso fin a la guerra de Crimea (1853-1856). Es el primer documento que existe sobre el *bloqueo* y ese punto 4 dice textualmente: *Para que el bloqueo cumpla sus objetivos debe ser eficaz; ello significa disponer de fuerzas suficientes, a fin de impedir el acceso del enemigo a la costa.*

Desde que Saddam Husein lanzó su ataque sobre Kuwait —otra vez la *blitzkrieg* y la inevitable comparación con Hitler— o, mejor, desde que las Naciones Unidas respondieron fulminantemente a la agresión, la palabra clave es *Guerra. (PABLO J. de IRAZAZABAL, «Historia 16», n.º 175, noviembre 1990.)*

Las catorce resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU

- *2 de agosto de 1990:* El mismo día de la invasión de Kuwait por Iraq, el Consejo de Seguridad *exige* unánimemente *la retirada inmediata e incondicional de todas las fuerzas iraquíes de las posiciones ocupadas.* (Resolución 660).
- *6 de agosto de 1990:* El Consejo autoriza el boicoteo comercial, financiero y militar a Irak por 13 votos a favor y dos abstenciones (Cuba y Yemen). Todos los Estados, incluso los no miembros de la ONU, son invitados a respetarlo hasta la retirada de las tropas iraquíes de Kuwait. (Resolución 661).
- *9 de agosto de 1990:* El Consejo declara unánimemente que *la*

anexión de Kuwait por parte de Iraq no tiene fundamento jurídico y es considerada nula y sin efecto. (Resolución 662).

• *18 de agosto de 1990:* El Consejo exige unánimemente que Iraq autorice y facilite la salida inmediata de Kuwait e Iraq a los residentes de Estados terceros. (Resolución 664).

• *25 de agosto de 1990:* El Consejo de Seguridad autoriza por 13 votos y 2 abstenciones (Yemen y Cuba) la utilización de la fuerza con el fin de hacer respetar el embargo contra Iraq. (Resolución 665).

• *14 de septiembre de 1990:* El Consejo aprueba por 13 votos y dos abstenciones (Cuba y Yemen) que la ayuda alimentaria enviada a Kuwait sea recogida y distribuida por la ONU, la Cruz Roja Internacional y otras organizaciones y quede bajo su control. (Resolución 666).

• *16 de septiembre de 1990:* El Consejo condena por unanimidad a Iraq por *sus actos agresivos contra el personal y los locales diplomáticos en Kuwait.* Exige su inmediata liberación... (Resolución 667).

• *24 de septiembre de 1990:* El Consejo exige unánimemente al Comité de Sanciones que examine todas las peticiones de asistencia formuladas por los países que sufran dificultades económicas a causa del embargo contra Iraq. (Resolución 669).

• *25 de septiembre de 1990:* El Consejo decreta por 14 votos a favor y uno en contra (Cuba) el embargo aéreo contra Iraq... (Resolución 670).

• *29 de octubre de 1990:* El Consejo condena por 13 votos y dos abstenciones (Cuba y Yemen) las acciones de las fuerzas de ocupación iraquíes. Sienta el principio de compensación financiera por Iraq... y exige que *cumpla las disposiciones de la presente resolución y de sus resoluciones anteriores.* (Resolución 674).

• *28 de noviembre de 1990:* El Consejo confía a la ONU la tarea de guardar una copia del registro civil de Kuwait. (Resolución 677).

• *29 de noviembre de 1990:* El Consejo autoriza a los Estados miembros que cooperan con el Gobierno de Kuwait a usar todos los medios necesarios para hacer respetar todas las resoluciones de la ONU si el 15 de enero no se retira Iraq de Kuwait. (Resolución 678).

• *2 de marzo de 1991:* El Consejo de Seguridad concede a Iraq el alto el fuego a cambio de aceptar las doce condiciones anteriores y, además, poner en libertad a todos los prisioneros de guerra, a los civiles kuwaitíes detenidos; devolver las propiedades kuwaitíes tomadas durante la ocupación; presentar información detallada de los campos de minas establecidos en el emirato... (Resolución, n.º 686).

• *3 de abril de 1991:* El Consejo de Seguridad fijó las condiciones de un alto el fuego definitivo: confirma las 13 resoluciones anteriores; exige el reconocimiento de la frontera internacional y la posesión de las islas acordadas entre Iraq y Kuwait en 1963. Envía fuerzas de la ONU a una zona desmilitarizada que se creará entre ambos países, 10 kilómetros en el interior de Iraq y 5 dentro de Kuwait. Invita a Iraq a firmar los protocolos internacionales concernientes a la prohibición de empleo, fabricación o almacenamiento de armas químicas y bacteriológicas y a la destrucción de sus arsenales de estas armas y de los cohetes de alcance superior a los 150 kilómetros, bajo supervisión internacional. Se formará una comisión internacional para supervisar la capacidad química, bacteriológica y nuclear de Iraq y la destrucción de sus armamentos de esa naturaleza. Iraq deberá ratificar el tratado de no proliferación de armas nucleares de 1.º de julio de 1968; no comprará, construirá o empleará dichas ar-

mas. Decide que todas las declaraciones realizadas por Iraq desde el 2 de agosto de 1990 son nulas. Iraq se compromete a pagar escrupulosamente su deuda externa y se formará una comisión internacional, encargada de la supervisión de un fondo que se creará con las exportaciones iraquíes para compensar de las pérdidas de guerra ocasionadas por el régimen de Saddam Husein a sus vecinos. Deroga las disposiciones de la resolución 661 en lo que respecta a víveres y medicamentos y otros productos de primera necesidad para la población civil. Exige a Iraq que impida todo acto de terrorismo internacional desde su territorio y le prohíbe su financiación o promoción. Prohíbe a Iraq la contratación de técnicos extranjeros para manejar armas o productos vedados en las anteriores resoluciones. Decide mantenerse al corriente del tema para adoptar cuantas medidas fueran necesarias para mantener el cumplimiento de esta resolución y garantizar la paz y la seguridad en la región (Resolución 687). Este más amplio resumen de esta resolución obedece a dos causas: sus 24 folios de extensión y su importancia, pues concluía las hostilidades oficialmente y será punto de referencia en la región durante muchos años.

Las cifras de la tragedia (1)

	Países aliados	Iraq
Víctimas civiles		
— Muertos	30 (2)	15.000
— Heridos	441	20.000
Muertos militares	267	Entre 50.000 y 60.000 (3)
Heridos militares	374	Unos 50.000
Desaparecidos	56	—
Prisioneros	13	Más de 65.000
Aviones perdidos	47	135
Helicópteros perdidos	14	6
Barcos	(4)	55
Blindados	17	4.864 (5)
Artillería	22	2.140 (6)

(1) No se contabilizan aquí los daños materiales causados por los bombardeos aliados sobre Iraq: miles de industrias, edificios gubernamentales y militares, aeropuertos, telecomunicaciones, carreteras, etc., que cálculos estimativos elevan por encima de los 100.000 millones de dólares.

Las cifras aquí empleadas son de los primeros días de la posguerra y, por tanto, resultarán forzosamente inexactas, por lo que únicamente sirven a título indicativo.

(2) A causa de los *Scud* iraquíes o accidentes provocados por la guerra. No se contabilizan en este cuadro ni los muertos, heridos, desaparecidos o prisioneros existentes entre la población kuwaití, cuyas pérdidas tardarán en evaluarse.

(3) Será muy difícil precisar el número de víctimas ocasionado por la guerra entre la población civil y el ejército iraquíes, dado el conflicto civil que estalló al concluir la confrontación internacional; será muy difícil separar las cifras de una y otra conflagración.

(4) Dos buques norteamericanos resultaron alcanzados por minas y se retiraron del Golfo para ser reparados.

(5) Aquí se incluyen carros de combate y blindados de todo tipo.

(6) Artillería remolcada, autopropulsada, lanzamisiles, morteros y cañones antiaéreos, según estimaciones USA.

(Cuadros elaborados por «Historia 16», n.° 180, abril, 1991.)

Participación española en la crisis del Golfo

- Aproximadamente el 95 por 100 de las operaciones de apoyo de España se refieren a transporte y un 5 por 100 a apoyo de desplazamientos de aviones de combate.
- Ayuda a unos 20.000 vuelos, de ida y vuelta, a la zona del Golfo.
- Apoyo al transporte de más de 205.000 toneladas de mercancías diversas.
- Colaboración con el transporte de más de 105.000 efectivos de personal que han participado en tareas militares.
- Apoyo a 294 misiones de los *B-52*, lo que supone un 2,5 por 100 de sus vuelos.
- Un 35 por 100 del total del tráfico aéreo para el despliegue de Estados Unidos en el Golfo se hizo con la ayuda logística española.
- En los momentos de mayor actividad, un 60 por 100 de todo el tráfico aéreo de carga se ha hecho con el apoyo logístico de España.
- Se autorizó a los aviones cisterna aumentar las operaciones de repostar en vuelo de 14 a 40.
- Desde Zaragoza y Torrejón se transportaron a Morón más de 800.000 kilos de material.
- Helicópteros del Ejército de Tierra español realizaron 140 vuelos, en los que transportaron munición entre Rota y Morón.
- El Ejército del Aire ha transportado material y personal del Ala Táctica 401 de Estados Unidos, desde Torrejón a Turquía; y material del Reino Unido de manera sistemática, hacia el Golfo.
- La Marina de los Estados Unidos recibió en concepto de préstamo, para sus F-18, perturbadores de radio de nuestros F-18.
- Se incrementó el flujo de bombeo de combustible para la aviación en un 400 por 100 para suministrar, por cierto no gratuitamente, 835.000 toneladas de combustible.
- 237 buques de Estados Unidos recalaron y recibieron asistencia en bases y puertos españoles.
- Se dispusieron más de mil camas para posibles bajas de guerra y más de 700 para países de la UEO.
- Recibió apoyo y permiso de tránsito un batallón checo de defensa química hacia la zona del conflicto.
- Las Fuerzas Aéreas españolas realizaron varias misiones para transportar a 1.600 ciudadanos desde el Golfo.
- Las Fuerzas de Seguridad del Estado participaron en la vigilancia necesaria para todas las operaciones de apoyo logístico.

Las fuerzas enfrentadas

	Aviones	Buques	Tanques	Blindados	Soldados	Helicópteros
Iraq	700 (1)	20 (2)	4.500 (3)	2.500 (4)	1.600.000 (5)	200
Iraq en Kuwait o sus fronteras			3.500	2.000 (4)	600.000	
EE.UU en Kuwait	1.400	82	2.800	2.400 (4)	520.000	800
Gran Bretaña	48	16	200	400 (4)	35.000	50
Francia	36	14	48	150 (4)	16.000	50
Consejo Golfo (6)	330	36	800	1.200 (4)	150.000	200
Egipto			300	300 (4)	20.000	
Siria			200	200 (4)	15.000	
Otros (7)	26	28			22.930	
Total	1.840	176	4.348	4.650 (4)	778.930 (8)	1.100 (9)

(1) Operativos no más de 500; modernos, unos 200.

(2) Buques ligeros, en su mayoría patrulleras o lanchas lanzamisiles; en suma: nada frente a la flota multinacional, que contaba con nueve portaaviones, dos acorazados, varios submarinos, numerosos cruceros, fragatas y corbetas...

(3) De ellos tan sólo unos mil pertenecían al modelo T-62, modelo competitivo con los carros aliados.

(4) Se incluyen carros ligeros, transportes de personal, blindados anfibios, artillería mecanizada, etc.

(5) Tropas regulares, voluntarios, Guardia Republicana, no sobrepasarían los 700.000/800.000 hombres; el resto, reservistas y quintas muy jóvenes, sin valor combativo.

(6) Se engloba ahí las tropas de Arabia Saudita, Emiratos del Golfo, Qatar, Bahrein y Kuwait.

(7) Italia y Canadá con aviones y buques; España, Bélgica, Holanda, Argentina, Australia, URSS, Dinamarca, Grecia, Noruega y Portugal; tropas: Pakistán, Bangladesh, Marruecos, Senegal, Níger, Checoslovaquia, Argentina y Honduras.

(8) 778.930: tropas de combate (incluida la infantería de marina), intendencia, servicios administrativos y sanitarios...

(9) Unos 700 de transporte, y el resto, de ataque.

Los poderes del Emir

MAS de 10 billones de pesetas ha invertido Kuwait por todo el mundo, en la banca, la industria y los servicios. Un imperio gestionado por técnicos kuwaitíes formados en el extranjero y perfectamente resguardado para impedir su control por manos invasoras.

Un desconocido grupo inversor kuwaití denominado KIO, dio, en septiembre de 1986, un golpe de efecto ante la opinión pública española al comprar un importante paquete de acciones de la semiquebrada papelera española Torras Hostench. Aunque no era su primera adquisición en nuestro país, sí fue la primera en destacar de una larga serie de inversiones.

Los españoles desconocían todo sobre el importante volumen financiero y económico del emirato de Kuwait, un pequeño país gobernado desde 1756 por la dinastía Al Sabah.

El crudo es, como en los demás países de la zona, el pilar básico de la economía de Kuwait. Si este país continuase al ritmo de extracción que tenía antes de ser invadido por su vecino Iraq, los kuwaitíes dispondrían de reservas de crudo por lo menos hasta el año 2200, o sea, para otros dos siglos más de ingresos multimillonarios y de riqueza prácticamente sin límite.

Pero aun en el supuesto caso de que sus reservas de petróleo se agotaran hoy mismo, los ciudadanos kuwaitíes o, mejor dicho, su gobierno, controlan un vasto imperio financiero repartido por todo el mundo. Sus dimensiones concretas son un dato desconocido, pero los expertos han valorado la parte conocida de este imperio financiero en unos diez billones de pesetas. De este capital, apenas unos 200.000 millones de pesetas pertenecen a las inversiones realizadas en España.

Al Kuwait en el exilio no le resulta vital para su supervivencia el haber perdido el control sobre sus pozos de petróleo. Durante años, los dirigentes kuwaitíes se han preocupado de reducir su dependencia de estos ingresos. Los enormes beneficios producidos por las ventas de crudo eran enviados al exterior para invertirlos en las más rentables compañías occidentales, como British Petroleum (9 por ciento), Midland Bank (10,2 por 100), Hoechst (24,9 por 100) y otras, así como en las principales bolsas internacionales. En España compraron el 73 por 100 del Grupo Torras (hoy adquirida al cien por cien al haberse convertido en buque insignia de las inversiones de Kuwait en España) y, a través de ésta, el control sobre Ercros, Torras Papel, Prima Inmobiliaria y Ertoil.

Los efectos de esta política de aseguramiento no se han hecho esperar. La gestión de ese capital —amasado fundamentalmente en los 20 últimos años— superó el pasado año los ingresos procedentes del crudo, 9.000 frente a 7.000 millones de dólares.

Casi un billón de pesetas de beneficios obtenidos de los más diversos sectores económicos e industriales en los que ha invertido a lo ancho de todo el mundo. Desde la banca a las inmobiliarias, pasando por compañías alimentarias, aseguradoras, papeleras, químicas, de defensa, de automóviles y otras más.

El principal órgano de control de las inversiones de Kuwait en el exterior era la denominada KIA (Kuwait Investment Authority), que tenía su sede en Kuwait City. La KIA controlaba, a su vez, la KIO (Kuwait Investment Office), que mantiene actualmente su sede en Londres. KIO era y continúa siendo el verdadero cerebro financiero del emirato, que dispone de un gran margen de maniobra y autonomía para sus operaciones inversoras. Esta característica de independencia frente al poder interior de los Al Sabah —KIO estaba dirigido principalmente por técnicos y profesionales formados en Occidente— dio lugar a algunos conflictos en el seno del antiguo gobierno kuwaití.

En cuanto a la industria nacional, Kuwait decidió fomentar la del refino y la mitad del crudo que exportaba antes de la invasión lo transformaba en plantas situadas en el interior del país o bien en industrias controladas por él.

Por otro lado, los kuwaitíes poseen en Europa tres refinerías de petróleo y cerca de 6.400 estaciones de servicio bajo la marca Q8 (cuya pronunciación en inglés es similar a la de Kuwait). La mayoría de estos activos está gestionada por la Kuwait Petroleum Company (KPC), con sede en Londres.

Esta red de estaciones de servicio da a los dirigentes del país invadido una participación en el mercado petrolero europeo del 20 por 100 en Dinamarca, del 12 por 100 en Suecia y del 7 en Bélgica. En cambio, las inversiones de Kuwait en Japón han sufrido diversos problemas ante la oposición de las autoridades, fundamentalmente del Ministerio de Industria y Comercio Internacional (el MITI), a que el capital arábigo tomase posiciones en el país.

En Asia, KIO controla el grupo de servicios financieros Hong Konglisted Dao Heng, así como diversas participaciones en algunas compañías de Singapur, Indonesia y Tailandia.

INVERSIONES EN EL EXTRANJERO DEL ESTADO DE KUWAIT

(en millones de dólares)

Kuwait	30.000
España	2.000
Japón	3.900
Gran Bretaña	4.500
Alemania Federal	5.200
Estados Unidos	14.200
Otros países árabes	11.500
Otros países	8.200

* Estos datos son hasta 1988. En la actualidad, las inversiones han alcanzado la cifra de 100.000 millones de dólares.

(CRUZ SIERRA, «Historia 16», n.º 175, noviembre, 1990.)